ÁGORA

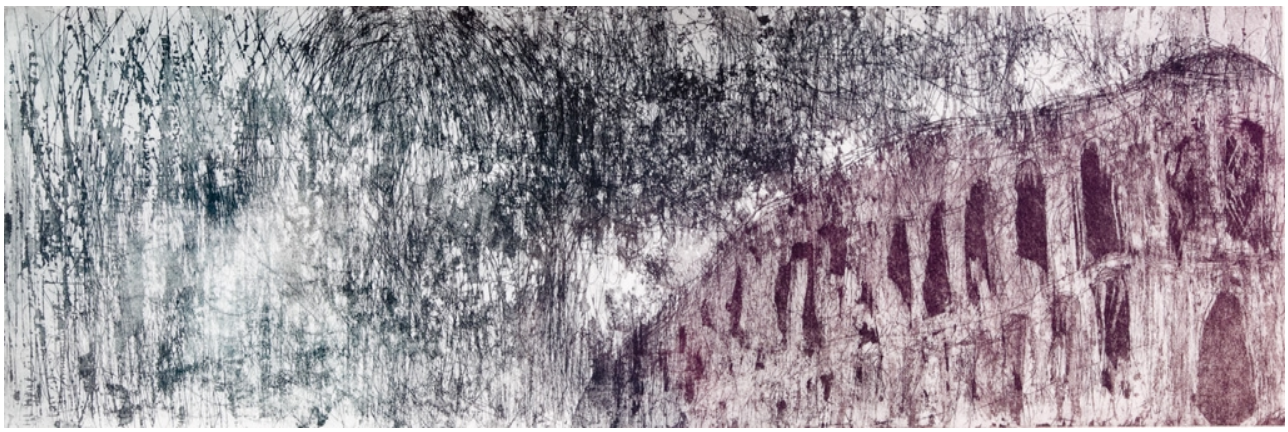
PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO

Núm. 20. Boletín digital 5. Julio 2010

Una carta apócrifa de Miguel Hernández. Literatura rumana actual: Varujan Vosganian, Iulia Sala. Poesía de Brasil: Almandrade. Nuevos poetas y narradores americohispanos. Ensayos: La mirada médica de la literatura. La fantasía en el panorama literario actual. Estudios de literatura americohispana: *Don Catrín de la Fachenda*. Crítica: *Correo interior*, de Dionisia García. *El minuto interior*, de Rubén Martín, premio Adonais 2009.

"BOOM" DE LA LITERATURA RUMANA EN ESPAÑA

VARUJAN VOSGANIAN



a la memoria de Dolores Valverde López

El jardín antiguo. Ilustración de Javier González Alcantud

Dolores Valverde López

Vivió en la convicción de sus ilusiones y capacidades.
Su tiempo histórico la traicionó.

El rigor de las normas impuestas por un líder de corazón frío, desvió su destino y sus proyectos de corazón republicano. Y ahora todo se rompe.

Aceptemos el hecho, Y así, construyamos un grato recuerdo de cada fragmento de su vida: de sus fuerzas secretas concentradas en el hogar, en sus hijas, en sus nietos, en su familia…

Nos sentiremos libres del miedo al vacío. Su recuerdo nos queda muy concreto, dando fe de los suyos y de sus circunstancias: la huerta y la ciudad, sus amigos, su familia. Testigos de su afán.

Hoy Dolores pasa al otro lado del río. Su alma de mujer incansable nos regala su tiempo y su recuerdo. Y se despide velando por nosotros.

ANTONIO DE HOYOS ORTIZ

ÁGORA
PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO
Núm. 20. Boletín digital 5.
Julio 2010

Co-directores: Fulgencio Martínez
Francisco Javier Illán Vivas

Colaborador informático: Javier Israel Illán

Portada: Foto de Varujan Vosganian

Ilustración: *Jardín antiguo*.

Javier González Alcantud (Escuela de grabadores de Granada. Fundador del colectivo Laurel de la reina. Exposición en la Biblioteca Nacional, *Grabadores contemporáneos*).

Los textos publicados en *Ágora* son inéditos (salvo indicación expresa) y su *copyright*, así como el de las ilustraciones, es propiedad de sus autores. *Ágora* no se responsabiliza de las opiniones expresadas por ellos. EL TITULO, DISEÑO Y CONTENIDOS DE ESTA REVISTA ESTÁN PROTEGIDOS LEGALMENTE: LOS TEXTOS E ILUSTRACIONES NO PUEDEN SER REPRODUCIDOS EN OTRO MEDIO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES DE LOS MISMOS.

Caesar non est supra grammaticos

EDITA: Taller de Arte Gramático

Depósito Legal: MU-0195-998

ISSN: 1575-3239

La revista impresa puede adquirirla solicitándola en nuestro email de contacto, o a través de la librería Diego Marín (www.diegomarin.com) o en librería González Palencia (tno. 968 201443, e-mail: gonzalezpalencia@diegomarin.com).

CONTACTO: agora@emurcia.com

BLOG de la revista, realizado por Francisco Javier Illán Vivas:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com

Cómo publicar en *Ágora, papeles de Arte gramático*:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com/2009/10/como-colaborar-en-agora.html.

Si desea recibir periódicamente la revista en su correo electrónico, háganoslo saber a nuestra dirección de CONTACTO.

SUMARIO

Portada: "Boom de la literatura rumana en España".
2 A LA MEMORIA DE DOLORES VALVERDE LÓPEZ
Texto de ANTONIO DE HOYOS ORTIZ
Ilustración: Jardín antiguo, de Javier González Alcantud
5 EDITORIAL
6 **TEXTOS MAGISTRALES**
Dos poemas inéditos de Ana Delgado Cortés.
El sueño de una lágrima. Relato de la escritora rumana Iulia Sala.
Traducción de Joaquín Garrigós.
Carta apócrifa de Miguel Hernández a Maruja Mallo. Por María José Villarroya Durá.
Dioses en el estudio: un poema de Maximiliano Hernández Marcos.
15 **PER-VERSIONES**
Poesía actual de Brasil: "Na falta de um cigarro"/ "Un museu precário", dos poemas de Almandrade (Antonio Luiz M. Andrade)
Nueva Poesía rumana: Varujan Vosganian. Poemas del libro *El ojo velado de la reina. En traducción de Joaquín Garrigós.*
21 **DIARIO DE LA CREACIÓN**
Poemas de
FRANCISCO JAVIER ILLÁN VIVAS
ROSY PALAU
CAROLINA UGAS
NAVARRO BELOQUI
TXUS GARCÍA
JANNET WEEBER
ISIDRO ITURAT
JOSÉ CANTABELLA
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ
ANTONIO GARCÍA SOLER
36 **RELATOS**
Meditaciones/ Antonio Guerrero
The Hong-kong Book fair/ Rocío de Juan Romero
Al final del día/ Nadim Marmolejo Sevilla
Las razones astrológicas de la última cena/ Jesús Cánovas
El cementerio de Rosales /David Vivancos
50 **ENSAYOS LITERARIOS**
La mirada médica de la literatura/ Mónica Maud
La fantasía en el panorama literario actual/ José Ángel Muriel González
Escritores y naranjas/ Francisco Legaz
Estudios de literatura americohispana: *Una joya de la literatura picaresca hispana, Don Catrín de la Fachenda*/ Sebastián Alfeo
63 **BIBLIOTHECA GRAMMATICA**
Poesía
La palabra como imagen/ Crítica de *El minuto interior*, de Rubén Martín Díaz, Premio de poesía Adonáis 2009. Por Luis Martínez-Falero
Last autumn's dream, de Manuel Dato. Por Jesús Cánovas
Cita al anochecer, de Pascual García. Por Jesús Cánovas
Relato
Correo interior, de Dionisia García. Por Natalia Carbajosa
¿Dónde está la "Guillermina" de Rubén Castillo?. Por María Dolores Moragues Chazarra

EDITORIAL

La concesión del premio Nobel de Literatura en 2009 a Herta Müller, la escritora rumana en lengua alemana, la traducción en España de la novelística de Camil Petrescu y el reciente galardón obtenido por Varujan Vosganian como autor de la mejor novela europea -por el **Libro de los susurros**, que será publicado próximamente por la editorial valenciana Pre-textos-, junto con el interés por los actuales poetas y narradores rumanos, cuyas traducciones empiezan a prodigarse en nuestro país (Denisa Comanescu, Nicolea Prelipceanu, Elena Liliana Popescu, y los jóvenes Anca Nitulescu, Gelu Vlasin, Constantin Banescu, Iolanda Bob) que toman el relevo de aquellos nombres hoy clásicos de la literatura europea: Tristan Tzara, Max Blecher, Ionesco, Cioran, Mircea Eliade (autores que formaron a muchos de los lectores españoles, al menos, de mi generación), todos estos signos nos permiten augurar un "boom" de la literatura rumana en España.

Siempre que la palabra "boom" la entendamos con cierta malicia, pues no nos referimos al fenómeno de una campaña de marketing editorial, que de vez en cuando crea sus modas dirigidas a un público masivo, de baja exigencia literaria.

En este sentido, no puede ser comparable con el último "boom" programado por los suplementos literarios de los periódicos españoles y por las grandes editoriales: el "boom" de la novela de suspense nórdica.

Sólo para los amantes de la literatura de "**calité"** las letras rumanas le auguran un festín. Felicitamos a los lectores que han gozado ya de algún aperitivo, o de algún primer plato, de esta tradición de gran literatura rumana y centroeuropea, renovada por autores de nuestro tiempo, sin aditivos extraliterarios que hoy ahítan el paladar, y nos sumamos, con la revista Niram Art, a la espectativa creada por el próximo libro del escritor rumano, de minoría armenia, Varujan Vosganian. *El libro de los susurros,* una obra maestra sobre el holocausto del pueblo armenio.

Presentamos, en este número 20 de Ágora, poemas del novelista y político rumano, mostrando, quizá, su faceta literaria más personal.

También, siguiendo la tradición de la revista (en cuyos números anteriores publicaron, por ejemplo, Denisa Comanescu, Iolanda Bob y Elena Liliana Popescu) descubrimos al lector español la literatura de Iulia Sala, en traducción de Joaquín Garrigós.

Fulgencio Martínez
codirector de *Ágora*

TEXTOS MAGISTRALES

DOS POEMAS INÉDITOS DE ANA DELGADO CORTÉS

Porque tengo sueño y te imagino insomne.
Y te quiero veladora y ave si de pronto
me despierto y en el patio
oigo piar los pájaros,
los niños.
Si de pronto fuese yo con mis diez años,
mis dos alas,
quien te dice
hazme volar ahora que aún hay luz,
que no estoy roto,
ahora que aún me vale tu quererme a medias.
Ahora que aún no te habla este que soy.

"Alta letra, amor",
decías.
Decía amor y altura,
tu frente, el firmamento,
tu boca que venía
de vuelta desde el mundo
hasta mi almohada.

"Ámame alto, amor,
más fuerte".
Más fuerte porque el lento
nacer de mis palabras
mermaban al resguardo
de tu oído.

"Ama dentro, amor,
y escribe".
Que muerdo en tu garganta
las voces que me niegas,
que quiero de tus dedos
alta letra,
amor más alto…

Ana Delgado Cortés (Madrid, 1973). Autora de *Zoología marina, vertebrados terrestres* (Premio Andrés Salom, 2005), *Poemas del amor sumiso* (Premio Carmen Conde, 2008). Cuenta, entre otros reconocimientos, con el Premio La Voz + Joven de Obra Social Caja Madrid y con el Premio del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

CARTA APÓCRIFA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

A MARUJA MALLO,

DESDE EL REFORMATORIO DE OCAÑA

María José Villarroya Durá

El 18 de enero de 1941, Miguel Hernández, ante la insistente negativa de Josefina Manresa de vivir en Madrid con su hijo para poder visitarlo en la prisión, escribe una carta a su esposa: "Si no te decides me darás un gran disgusto y no volveré a insistir nunca".

La carta que escribió al día siguiente, tenía un destinatario muy diferente. Nunca llegó a ser enviada. Tampoco nadie la encontró. Y hasta el día de hoy sigue siendo una quimera de poetas.

Reformatorio de Ocaña, 19 de enero de 1941

A ti sola:

Uno de tantos hombres, prisionero de una de tantas celdas. Eso he venido a ser: un jilguero enjaulado, uno de tantos.

Afuera cae la lluvia tras los turbios barrotes, como una letanía de tercos bueyes, y traza surcos de agua en los cristales. Afuera. Siempre afuera. También en los caminos de Perales, volverán a nacer para la luz y el viento, nunca para nosotros, niña mía, otros campos con espigas asombradas. Y otro rubor de encendidas amapolas.

La vida transcurre con enfermiza y lenta indiferencia pues no hay nada que hacer. Nada más que avivar el odio ante tanta injusticia y tanto llanto. Ahora fumo, ¿verdad que tú lo ignoras? Así quemo mis días en este peregrinar de una cárcel a otra: entre cigarros, cartas y tristezas.

Recibí un homenaje por mis poemas hace escasas semanas. De algunos conocidos de la cárcel. *"Más poeta, más hermano y más humano que nunca"* me llamaron. Lo agradezco, de veras, lo agradezco. Aunque ya no me nacen versos para el mundo. Es demasiada el hambre y la tristeza. Tal vez afuera, sí, donde la lluvia. Versos para tu amor y tu abandono. Versos para la luz y para el viento.

Después que me dejaste, dejé escrito que a las penas tenía los huesos hechos, sin saber todavía cuánto dolor vendría y cuánta ausencia. Tengo miedo, Maruja, mucho miedo. Me ronda ya la muerte desplegando sus alas para un vuelo inminente. Y sé que he de

morir terriblemente solo. Mientras afuera tú verás la lluvia.

Visité muchas veces la Casa de las Flores. Jamás fue tan rotunda su luminosa puerta como el día en que tus ojos inundaron de espumas mi ribera. *¿Eres Miguel Hernández, el poeta?* Y, ¿quién sino Miguel, habría de ser aquel paleto con la gorra apretada entre las manos? *¿Paleto?* Ya daba igual saberlo si entre mis manos era una garza de luz tu cuerpo blanco. Confidencias de sábanas con luna.

Si me vieras, amor, si tú me vieras. ¡Tanto tiempo ha pasado! No sé dónde andarás. Dijeron Buenos Aires, sí, dijeron. Pero, ¿quién sabe ya? ¿Cómo saberlo? Nunca pedí noticia de tus pasos. Porque te odié con enconada inquina. Pero también te amé. Como a ninguna. Tú, Maruja, descarada tormenta de rayos y centellas, insolencia amarilla desafiando a la lluvia. Afuera, siempre afuera, en la tierra y el aire, en el surco y la era. ¡Libre! Libre como esta lluvia tenue que no lava mis penas.

¡Qué triste fue que todo terminara! Un avispero, dije, un avispero, ¿qué otra cosa pudieron ser tus besos y el aguijón picudo de tus senos para mis manos rudas de cabrero? No quisiste que hubiera juramentos. Sobraban a tu amor todas las leyes. *Yo nada te quité. Tú me lo diste*. *Nada te he de deber cuando esto acabe*. Pero cumplí con creces la promesa que olvidaste por tuya, si es que acaso llegaste tú a escucharla, y te escribí con duelo, los versos más amargos, un volcán de sonetos. Dejemos el secreto entre nosotros.

Maruja, certeza de aguacero en mi tierra baldía, acostumbrada al sol y a la sequía, ¿quién te tuviera aquí junto a mi pecho para aliviar así mi desespero?

No imaginas que yo, aquí tan lejos, tan lejos de la lluvia, y de tus Aires Buenos, en este desolado día de enero te escribo unas palabras que nunca viajarán hasta tus ojos para llenar las horas de mis días y para descargarme de la rabia que contra Josefina hoy me devora.

La atenazan el miedo y la pavura de llegar a Madrid sin más compaña que una cesta y un niño entre los brazos. No volveré a insistir. Me abandona a mi suerte sin remedio. No laten en su sangre los pulsos que me alientan. No puede ser su amor, sumiso y desalmado, más que un yugo de reses que me convierte en animal domado.

Es por eso que hoy, niña de los pinceles infinitos, desesperado y desesperanzado de mi suerte, en mi memoria evoco tu sonrisa valiente y decidida, los sueños de la libertad robada y saqueada. Cierro los ojos ante esta soledad despavorida y sueño que me adentro en tu cuerpo que fue fuego y ceniza. Y rayo que no cesa.

Ya nada importa. Nunca vendrá la lluvia. No habrá para mis huesos más afuera que la dudosa paz del cementerio.

EL SUEÑO DE UNA LÁGRIMA

Iulia Sala

En la humilde y oscura habitación, el único objeto que llamaba la atención era el espejo de aguas levemente turbias en las que se concentraba la luz amarillenta de las cinco bombillas montadas alrededor.

Frente al espejo, colocado en una silla sin respaldo cuyas junturas chirriaban y crujían a cada movimiento, el viejo payaso se quitaba lentamente, con una esponja sucia, los colores vivos de la cara surcada de arrugas. Empezaba desde arriba, por la frente, luego bajaba por la comisura del ojo, por el rostro hundido hasta la barbilla, dejando detrás un reguero donde el blanco, el rojo, el amarillo, el verde y el azul se mezclaban formando un arco iris empapado de agua.

Los aplausos y gritos de admiración de los niños se habían apagado hacía rato, el único ruido que todavía se oía en torno a la pista era el suspiro de la carpa grande cuya lona, a rayas blancas y rojas, descoloridas y polvorientas, se hinchaba y deshinchaba como un pulmón fatigado, a los golpes del viento frío de otoño.

Entre dos ráfagas de viento, la carpa dejaba de emitir ruidos ya que trataba de recobrar aliento después de tantos gemidos de dolor y, entonces, los suspiros ahogados del payaso se oían cada vez más alto, atravesaban la puerta de pintura desconchada y a duras penas si podían resistir la corriente fría de la entrada.

El viejo, dejando a un lado la esponja con la que solo se había limpiado media cara, se cogió la cabeza con los manos. Los hombros le temblaban a cada suspiro como sacudidos por escalofríos, mientras sus suspiros se volvían más y más desgarradores, se le colaban por los dientes produciendo, de tan fuerte que los apretaba, un chirrido sordo, como la piedra de un molino. En un momento dado, dio un grito agudo, como de ave alcanzada por una bala perdida, y luego se quedó inmóvil, mirándose en el espejo la cara arrugada de dolor, como un pañuelo estrujado que uno saca de un bolsillo estrecho. Los ojos se le humedecieron, brillando a la luz de las bombillas, y una primera lágrima apareció en mitad de la hilera de pestañas del párpado inferior del ojo izquierdo. Allí se quedó unos segundos, colgando de las pobladas pestañas, orgullosa de ser la primera lágrima que hacía patente el dolor de su dueño. Miró tras de sí con inquietud, no fuera a ser que otra hermana suya se apresurase a aparecer y le estropeara la salida tan cuidadosamente preparada. Pero se tranquilizó al ver que estaba sola y que podía representar su papel sin ningún tipo de preocupación. Lanzó una mirada llena de arrogancia a la humilde habitación mientras hacía un postrer esfuerzo por desprenderse completamente de la retina húmeda y tibia del ojo en cuyo párpado se había formado.

Esperaba que hubiese gente alrededor del payaso, muchos pares de ojos que la admirasen aumentar de tamaño como una bolita de cristal de la mejor calidad, lanzando millares de discretos destellos a la luz reflejada por el espejo, ojos que deseasen tenerla en sus pestañas como a la alhaja más preciada.

Al principio se llevó una pequeña decepción al percatarse de que no había nadie en el cuarto, pero en seguida se recompuso. En realidad, no necesitaba la admiración de nadie, estaba convencida de ser la lágrima más hermosa que jamás había existido y de que iba a representar el papel de su vida con el mayor donaire. Además, había elegido como lugar para hacer su aparición el centro de la hilera de pestañas del párpado inferior del ojo derecho, un lugar difícil donde una lágrima puede formarse solo con mucha maña y concentración, por lo menos eso es lo que dijeron sus hermanas mientras esperaban impacientes su turno para formarse en los ojos del payaso, su dueño.

Se había arriesgado mucho eligiendo ese sitio, en medio de la hilera de pestañas, pero se había aprendido al dedillo los consejos de las lágrimas más viejas, que aún estaban esperando a que les tocase el turno, sobre cómo concentrar el líquido salado entre sus paredes gelatinosas y transparentes, sobre el tamaño que había de tener y, en fin, cómo elegir el momento adecuado para desprenderse de las pestañas y caer a la mejilla. Se había preparado con todo rigor, consciente de que la ocasión única que se le ofrecía para estar entre las elegidas para contentar a su dueño, cuyo dolor se materializaba así, con tan maravillosa lágrima, redonda y resplandeciente.

La solución más fácil habría sido, por supuesto, formarse en la comisura del ojo, pero eso lo hacían solamente las lágrimas perezosas y superficiales, quienes preferían ahorrarse esfuerzos inútiles porque desde ahí podían desprenderse sin ningún problema al menor parpadeo. Sin embargo, esas no conseguían nunca tener una salida espectacular. Se formaban y se desprendían de las pestañas sin que lo observara nadie y, la mayor parte de las veces, no llegaban a terminar su camino porque no tenían suficiente volumen o, lisa y llanamente, porque su dueño, irritado por su lentitud, se las enjugaba con el dorso de la mano en un gesto brusco, dejando en la mejilla un reguero húmedo que rápidamente se secaba.

Ella había preparado su plan con minuciosidad, dando importancia a los más pequeños detalles relacionados con el volumen y el tiempo. Sin embargo, había algo a lo que la lágrima le concedía un valor especial: la atención de su dueño. Era consciente de que, por mucho que se esforzase, solo se volvía brillante y seductora si su dueño la miraba con paciencia, sin enjugársela con la mano, dejando que bajase en todo su esplendor hasta el final de su viaje, a la punta del mentón, donde desaparecería para siempre.

Antes de caer de las pestañas a la mejilla, rememoró llena de orgullo el momento en que se formó, hechizando a su dueño, que la había observado inmóvil cómo giraba sus aguas crecientes dentro de su envoltura transparente y luminosa. Temió que acaso distrajesen la atención del payaso los ruidos del otro lado de la puerta, pero este la miraba como hipnotizado y ella tuvo la seguridad de que, en adelante, el éxito del espectáculo estaba asegurado.

Sabía que tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas para poder deslizarse por la mejilla del payaso, llena todavía de polvos de colores, de modo que esperó algo más de lo que había previsto inicialmente para que el líquido que aún se hallaba en el ojo tuviese tiempo de concentrarse entre sus paredes dándole más peso.

Cuando estuvo preparada, se lanzó sin pestañear a los pómulos y cayó derecha en una mota

de polvo blanco que las aguas disolvieron inmediatamente volviéndose ligeramente turbias. Pero no se arredró, porque esa era su suerte, perder poco a poco su brillo a medida que avanzaba por la mejilla todavía maquillada, de manera que continuó su camino llena de confianza. Con un último esfuerzo, agotada, arrastró sus aguas cargadas de polvos hasta el hoyuelo del mentón del payaso, donde se detuvo para recobrar el aliento.

Mientras recorría su curso mejilla abajo estuvo pensando indignada que una carrera brillante como la suya iba a acabar tan rápida y lamentablemente, sin que le diese la luz reflejada por el espejo en el rostro de su dueño, que solo llegaba a la altura de la nariz. En cambio, ahora, una vez llegada felizmente al final de su camino, se sintió tan cansada y hastiada que todo lo que deseaba era desaparecer para siempre, olvidando todos los sueños de gloria que, solo unos segundos antes, se había forjado.

Debilitada como estaba, aprovechó un último suspiro del payaso para desprenderse del mentón y dejarse caer sin pena ninguna a la nada de los pliegues de la ropa de aquel, que la absorbieron inmediatamente, transformándola en una mancha húmeda del tamaño de una cereza madura.

Traducción de Joaquín Garrigós

Iulia Sala *nació en 1972 en Bucarest, estudió Lenguas y Literaturas Extranjeras en dicha ciudad. Desde el 2004 trabaja en el programa Executive MBA del Instituto Nacional de Desarrollo Económico de Bucarest en colaboración con el Conservatoire des Arts et Métiers de París. Hasta septiembre de 2006 ha sido administradora del Bureau para Europa Central y Oriental de la Agence Universitaire de la Francophonie en la sede la capital rumana. El volumen* ***La casa con paredes de viento***, al que pertenece el presente relato, *recibió en 2003 el premio opera prima en prosa concedido por la Unión de Escritores Rumanos. Desde octubre de 2006 reside en París.*

UN POEMA DE MAXIMILIANO HERNÁNDEZ MARCOS

DIOSES EN EL ESTUDIO

Todo está lleno de dioses
Tales de Mileto

Sacados de una estampa digital,
con el brillo que exige la ocasión
y el marketing, salieron a triunfar
los dioses vencedores del dolor.

¿Quién podía creer que era el Olimpo
su lugar natural, quién que los viera
lentamente crecer sin más destino
que el de soñar como un mortal cualquiera?

Mas helos aquí, flor de última hora:
cínicos, espléndidos, deseables,
tocados por el hado de la moda,
dispuestos para el culto de la imagen.

Son muchos y de *glamour* tan variado
como el mercado de fe de la audiencia,
pero todos son uno y el mismo en el ánimo
de la producción rentable en la Tierra.

Los hay sólo de cuerpo entero y mente
ausente, o de pelotazo millonario;
los hay de marca joven y rebelde,
iconos del placer y el rito rápidos.

También los hay risueños y felices
por lo que pasa dentro de la escena,
providentes en todo lo que dicen,
trascendentes en todo lo que piensan.

Los dioses más divinos de la historia
-dioses y diosas espectaculares -,
con sus apariciones milagrosas
en la banalidad de los hogares,

a todos los rincones han llegado,
y el corazón lo mismo que el deseo
ya dominan con sus poderes mágicos,
tan próximos al hombre, tan modélicos

(velan con su caché por la decencia
y perfección de las costumbres virtuales,
y son ejemplo con su vida excéntrica
del misterio de las grandes verdades).

Venid, vayamos todos a adorarlos
sin miedo, limpios de mala conciencia,
que quieren dejarnos lo más sagrado:
el elixir de la vida superflua.

Maximiliano Hernández Marcos *es profesor de Filosofía en la Universidad de Salamanca. Ganó el III premio internacional de Poesía Andrés Salom.*

PER-VERSIONES

POESÍA DE BRASIL: 2 POEMAS DE ALMANDRADE

El nombre **Almandrade** - en realidad el artista se llama **Antonio Luiz M. Andrade** - está asociado a una singular estrategia dentro de lo que se llama arte contemporáneo. El artista plástico, poeta y arquitecto ha producido una obra que se encamina hacia una estética minimalista, hacia una poética que se expresa utilizando un vocabulario mínimo, ya sea pictórico o linguístico. Almandrade es uno de los principales nombres de la poesía visual de Brasil de los años 70.

Según Nicolás Bernard, la ciudad de Bahía, en Brasil, tiene sus supersticiones y sus sorpresas culturales, entre ellas Joao Gilberto y Glauber Rocha y por qué no, se pregunta, Almandrade. En definitiva, un artista que viene sorprendiendo desde hace treinta años con el rigor, la sutileza y la coherencia de trabajar con distintos soportes seguido por una tradición de un saber singular.

Luiz Rosemberg Filho

A falta de un cigarrillo
El beso toma cuenta
de los labios.
De la boca, renace el deseo.
En la lengua, la humedad
lubrifica el amor.
Comienzo en la tarde, breve,
sin gusto de chocolate,
pero mojado
de lluvia y voluptuosidad.

Na falta de um cigarro,
O beijo toma conta
dos lábios.
Da boca, renasce o desejo.
Na língua, a umidade
lubrifica o amor.
Começo de tarde, curto,
sem gosto de chocolate,
mas molhado
de chuva e volúpia.

Un museo precario
de la ciudad
apenas en el nombre.
Ni siquiera a lo lejos
una zamba,
sólo el ruido de la calle.
Pero la belleza sabia
repuso en la sutileza
de la muchacha de negro
que no es la transeúnte
de Baudelaire…
Desconfiada y fugitiva
se recoge.

Um museu precário,
da cidade
apenas no nome.
Nem ao longe
um samba,
só o barulho da rua.
Mas a beleza sábia
repousou na sutileza
da moça de preto
que não é a passante
de Baudelaire…
Desconfiada e fugitiva
se recolhe.

NUEVA POESÍA RUMANA

VARUJAN VOSGANIAN

(del libro *El ojo velado de la reina,* 2001)

sólo

Sólo mi poema es ardiente
como un ladrillo llevado de mano en mano
hasta lo más alto del templo
sólo tu hermosura, Nefertiti, merece rematar
la pirámide
sólo los rayos de la luna forcejean en la ventana
sin poder abrirla
sólo mi sangre me atraviesa el corazón
sin matarlo

vartanants

-el día de los héroes-

mi nombre perteneció a un guerrero caído en el campo de batalla
y a un joven poeta muerto a pedradas
ellos son los muertos más hermosos de mi pueblo
llevo una túnica blanca empapada de sangre
que no corre por mis venas
pero que está viva
siento un dolor en la sien donde la piedra
atravesó el hueso blando
y un pensamiento surgido muy pronto se transforma en sangre

recibo mi nombre como agua que cae goteando de las paredes de un pozo
desde allí las alturas del cielo y las profundidades de la tierra son una misma cosa
me refresco los labios y me lavo la cara
ahora puedo hablar y puedo llorar
el libro de mi nombre está lleno de imágenes
del mundo tal como lo he visto
y me doy cuenta de que, durante dos mil años,
los tres hemos amado a la misma mujer
bienaventurada seas, pues nadie puede desearte más
que nosotros, un guerrero y un poeta

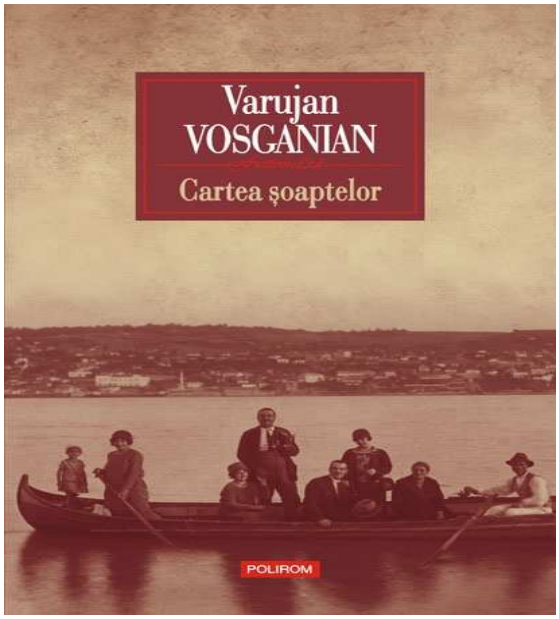
cuento

-hierogamia-

estoy en la cabecera de mi cama
velándome a mí mismo
inmortal y redondo como un grano de trigo
como la serpiente Kundalini mordiéndose la cola
como un anillo en tu dedo

nueve horas después

luego se puso a llover
las gotas tenían sabor a lágrimas
saladas y dulces
en la otra parte del Gólgota
los árboles lloraban
mirando al redentor de los árboles
clavado en el hombre con forma de cruz



el ojo velado de la reina

la bendición de estar ciego
y poder descubrirte sólo
acariciándote
al no saber de inmediato

lo hermosa que eres

la voz del ángel en la hierba

la caída en pecado viene acompañada de signos
el mundo que andas buscando está más allá de los signos
me dijo mi ángel de la guarda
el fluir de la sangre en las venas es lo más silencioso que existe
pero también el silencio es un signo
las manzanas rojas anuncian que la cosecha está próxima
los cascos de los caballos dejan en el suelo mojado por la lluvia
las huellas de su marcha insomne
ojera tras ojera
lo que está más allá de los signos es tan puro
que ninguna llama podría abrasarlo
en aquel lugar, mi hermosa señora,
todos los signos se cubren, toda huella desaparece,
tan limpio de pecado es su paso por la hierba...

naturaleza estática

el águila que llevo dentro
revolotea sobre mi cabeza
se eleva a cada palabra
y solo cuando duermo o cuando muero desciende
y se posa en mi hombro

el lobo que llevo dentro husmea el miedo
pegado al muslo de la mujer que hay en mí

los dos están al acecho

el yo que llevo dentro es un vaho polvoriento
una firma
en un espejo

la cuarta dimensión

yo soy un escriba... tengo los dedos apretados
en la pluma
como la garra de aves congeladas
no me preguntes por mí, reina,
mi aliento está más allá de este mundo
como el vapor se levanta suspirando
de los surcos recién removidos
hace mucho que se me ha olvidado hablar
cada palabra escrita mata decenas de otras palabras
desciende y mira por encima de mi hombro
la fina línea con la que coloco en el mundo
la cuarta dimensión
el tizón arañando las paredes de Altamira
el barro liso y caliente como la mejilla de un niño
el papiro donde se mezcla el ala de un dios
tres veces alabado
con la sonrisa del filósofo de Estagira
he escondido el libro de arena pero dejando
que de su polvo surja la buena nueva
he copiado manuscritos he aplastado
la pulpa de la hoja hasta prensarla
y en las paredes de los bulevares he hecho
pintadas
estoy condenado a escribir sobre cosas ajenas
hasta que la tinta extenuada sea reemplazada
por mi sangre
estrechos márgenes tiene el mundo
para que quepamos nosotros,
amada mía,
reina mía
Nefertiti...

vals lento

bailemos un vals, hermosa mujer,
he colocado las velas en un círculo especial
lo bastante pequeño para conservar el misterio
lo bastante grande para que el centro
quede lo más oscuro posible
a lo largo y a lo ancho de la vía láctea
nuestros pies removerán la arena
mezclada con nácar
giraremos lentamente contra las agujas del reloj
hasta el primer segundo del mundo
cuando solo existía nuestro círculo infinito e ínfimo
como el número mágico Aleph
entonces te entrarán deseos de llorar
los pájaros se posarán en tu hombro felino
y abrazados a esa lágrima
rodaremos por tus blancas mejillas
en un vals lento
silencioso
y sin fin
amen…

traducción de Joaquín Garrigós

Varujan Vosganian *(n. 1958). Escritor rumano de origen armenio. Poeta y prosista. Profesor de economía, entre 2006 y 2008 fue ministro de Finanzas de Rumania. Es vicepresidente de la Unión de Escritores de Rumania. Su novela sobre el exterminio del pueblo armenio* **El Libro de los Susurros** *(Cartea soaptelor) será publicada en España, por la Editorial Pre-Textos. Esta obra ya ha recibido los más importantes premios literarios de Rumanía, siendo declarada "la novela del año", y en nuestro país acaba de recibir el premio de la revista Niram Art.*

DIARIO DE LA CREACIÓN
panorama de la poesía última

DOS POEMAS INÉDITOS
DE FRANCISCO JAVIER ILLÁN VIVAS

NO VER NADA

Has preguntado
a tus pinceles
¿cómo es el lienzo
desde detrás
del tiempo?

Piensas
será oscuridad
sin preguntarte, sin saber, sin querer
no –ve –nada
sueños sin figuras
hay olor, sí, y sonido, pero no imágenes
y tú naciste para ser mirada.

El poeta
está colgado en el pasado
su mano es muñón
(la mano izquierda de la oscuridad)

Cuando cierras los ojos
ves la oscuridad
yo, ya no –veo –nada.

Naciste para ser mirada
por mirarte
deseo
traerlo al presente.

EL SILENCIO

Es más duro que el acero
más que el adamantio
más
que un camino de olvido
hace, de la belleza, humo
nada
como sombras de rosas
ésta
–la sombra de una rosa–
es tan breve
como la quietud
¡¡Qué enormidad!!
silencio, la rosa quiere abrirse
y mira, en silencio
el amanecer
en él
¡¡escúchalo!!
que es más fuerte que el tiempo,
me convierte en aire,
en humo
anhelando rodearte y entrar,
en lo más profundo de tus poros.

Francisco Javier Illán Vivas. Nació en Molina de Segura, 1958. Crítico literario, codirige Ágora, papeles de arte gramático. Ha publicado varias novelas y poemarios.

ROSY PALAU

EN SILENCIO

Es tu piel una hoja
por donde resbala la lluvia,
tus ojos un antiguo candil
a la orilla del crepúsculo,
el agua se te parece
desmedida y pura
como recién despierta
del diluvio,
silencio que se abre
y me encierra,
en tus palabras amanezco.

La luz es un relámpago
dormido en esa tierra
sembrada por el viento
del sueño.
Una playa es tu costado,
en el que naufrago
y me detengo,
isla que el mar embiste
repartiéndose de espuma
en un cuerpo
enarenado de luna.

Me conoces y me guías.
En la ventana el cielo
madura, brilla,
la mirada es una abeja
en el prado de sus estrellas.

Noche que resucita,
las sombras llevan
reflejos vivos.
Se desdobla la oscuridad
y tienta,
tiene el silencio
el viejo aroma
que antecede
a la verdad
de la ternura.

Rosy Palau tiene publicados los libros de poesìa: *Quizá el tiempo(* La cabaña editores 1985), *Territorio Indeciso* (Universidad Autónoma de Sinaloa 1990), *La clara sombra del silencio (*Universidad de Guadalajara 1996) y *Estamos solos desde ayer (*DIFOCUR-Ediciones sin nombre 2007). Ha publicado también un libro de cuentos, *La casa del arrayán* (El colegio de Sinaloa. 2005)

DOS POEMAS DE LA POETA VENEZOLANA CAROLINA UGAS

GUERRERO

De todas mis batallas
ésta es la más amarga,
la más entera.

Extraña la enfermedad
que me tumba el pelo,
las pestañas y mi risa.
Pero no puede
quebrar mis fuerzas
por más que insista
en doblarme sobre el eje.

Pienso en el perro-huso de Kafka,
en las muletas de Dalí,
en el ruido de las ollas
que hace la recién casada,
según comentario obligado
de mi amigo Bertolt Brecht.

Pienso en ellos
porque me es más fácil
pensarme desde afuera
que acá, adentro,
en mi cuerpo
donde el dolor, aposentado
se acrecienta.

VIRACOCHA

El dios de los mil soles
tronó fuerte y espeso
en medio de la bruma fría
y de la pluma antigua
merecedora de todas tus canciones.

La Pachamama nunca duerme
pero cuando duerme sueña,
sueña con temores repulsivos
que repudian su vastedad
clarividente.

Saltando pasos,
dos a dos
cuatro a cuatro,
finge que no le duele la entraña
y que son prematuras
sus lágrimas y su saliva.

El dios de los mil soles
pasó cerca de aquí,
volando con las alas prestadas
de un cóndor calvo,
maloliente.

Me miró a los ojos.
Me dejó demente.

Alicia Carolina Ugas Pazos ha publicado cuentos en la Revista Nacional de Cultura, en la Revista Altagracia, editada por la Biblioteca Nacional, y en las publicaciones electrónicas Letralia.com, Ficción Breve Venezolana, Isla Negra y en Centropoetico.com.

POEMAS DE NAVARRO BELOQUI

Apócope crónico del suspiro

Caos hipotético
siniestrado en diamante.
Y las estrellas de las calles, los ojos
y tus piernas o incluso,
el remesar de tu cintura,
tiroteando pupitres con diademas.

Solaz es el ingenio que me acerca,
símil de destierro,
desierto amilanado
en la historia del misil
culminado en gota.

Fría y sufrida,
surco de centenas que
avisan de improviso
de los años que te quedan
en los huecos de esta página
que marca dos veces la hoja
en un otoño más, otro invierno,
el verano en despedida
y sin más estaciones a la vista
que los sustos de alquilarse.

Sueño diabólico

Qué término desastre
colapsa la yugular de la encina
cuando los ángeles afirman
que no existen
y el umbral de tu puerta
pierde plumas de ave.

...

Por decir no digo nada
y cuento siempre

las noches que te tengo
y tú me tienes
en devaneo insoslayable
un estar adentro sin seguir
un sinvivir en mí
que ya soy tuyo
que ya no explica
ya no expone
ya no vive
si no escribe 'amor'
con la mayúscula de un músculo
que no se tiene en pie
ni pertenece
más que a esta deuda
que la voz ya multiplica;
"dónde estás que no te tengo".

Náyade

De Azul
y/de espinas
de su miel
del cabuyo
o del maguey
de un regato remoto.

Del ponto
sus mareas
o de un salto
-de agua
a mi corazón-
del fluir de uno a otro.

Del querer.

Porfía
mi apetito.

Navarro Beloqui (Madrid, 1973). Escritor y poeta. Periodista por la Universidad Complutense y redactor de la Agencia Efe desde 1996. Comenzó a escribir poesía a la edad de 14 años de edad motivado fundamentalmente por la música. En su haber periodístico, numerosos artículos y reportajes para América (incluido EE UU). Como poeta ha publicado *Nafsak* (Amargord, 2010).

TXUS GARCÍA

Puro cuento

Ay mira, si te pareces a Alicia
justo antes de pegarle un bocadito cariñoso a la galleta
Esa la que te hace crecer y crecer
y alcanzar cientos de pies de altura

Sigues conejos sin relojes
y cortas cabezas a mordiscos, mi amor
Mi Alicia chiquitita esta noche
mi humpty dumpty mi flor
Feliz no cumpleaños parati a tiiiiiiii
Te deseamos todas:
El sombrerero cuerdo y yo

El gato de cheshire escupe negras y húmedas bolas de pelo
En esta historia no hay galletita para volver atrás
Pero cómeme Alicia bonita
-Quizás decrezcas-

Txus García nació en Tarragona un día de 1974. Junto a su compañera es responsable del proyecto de gestión sociocultural katalitza.com.

poemas de JANNET WEEBER (Colombia)

LA DANZA

Cuerpos que se encuentran
se buscan, se repelen
sinuosas curvas,
vertiginosas curvas,
        sudor
músculos y tendones en
un suspiro entrelazados,
rezumando, gritando
quebrando con la punta del
deseo contenido
la esfera del silencio:
la nada
                el todo
un pájaro con alas rotas,
amor en fuga
en comunión con el tiempo.

AUGENBLICKE

Observar a la distancia, avanzar
saber callar,
ofrecerse y callar,
borrar la huella de la arena,
la marca del recorrido,
escuchar desde adentro
el compás de esa eterna melodía,
stop, reply, delete.
Será mejor callar y avanzar.
Siempre nos quedará
el triste eco de esa canción vencida.

Jannet A. Weeber Brunal. Escritora colombiana (Montería, Córdoba, 1976) residente en Alemania. Es licenciada en idiomas y especialista en traducción. Ha colaborado en algunas revistas digitales. Su obra permanece inédita. Algunos de sus escritos se pueden ver en su bitácora personal.www.jannetweeber.blogspot.com

TRES POEMAS DE ISIDRO ITURAT

ANDRÓMEDA Y EL LEVIATÁN

Perseo, el vencedor, y el que sus alas batiendo osa ir a través de las etéreas auras…
Ovidio

Cómo el engendro entró en la casa, es inexplicable.
La joven fue el chillido, el llanto y grave quiebra;
lo combatió con pociones, venenos, según pudo,

ineficientes, según era esperable. Mas la nave
de aquel que salva, Pegaso, que dejó la carretera
tras cargamento, ya volviendo al hogar cumplido el turno,

llega. Él entra, y agarrando al lagarto lo hecha al váter.

Un camionero, por un día, será un héroe en su tierra.

"POESÍA PURA"
SEGÚN ALGUNOS TEÓRICOS

Quitadle las hojas al árbol,
quitadle la flor y los frutos,
quitadle las ramas, la casca.

Quitadle el pájaro, quitadle,
quitadle el sol, quitad la brisa,
quitad el relente y la lluvia,

quitad la tierra, la raíz,

la simiente y… tendréis un árbol.

DECRETO DE LA VERDAD CORPORAL

"Decreto-Ley, día 1, mes 1, año actual:
A fin de restituir su verdad al ciudadano
se procederá al retiro de cualquier implante, prótesis,

muleta, audífono, lente, píldora, inyección u onda",
rezaba el texto. Y quedaron los de las bocas deshechas,
los invidentes y sordos, los torcidos, los tullidos,

el flojo atleta, el caduco caduco, la horrenda miss,

los infectados y los podridos, y en fin, los muertos.

Isidro Iturat. Nació en Villanueva y la Geltrú, España, 1973, y es residente en São Paulo, Brasil. Es autor de la forma poética que recibe el nombre de indriso y ha publicado poemas y ensayos en diversos medios internacionales. Actualmente dirige la web www.indrisos.com.

POEMAS DE JOSÉ CANTABELLA

LA AURORA

Para Aurora Marsilla

El cielo estrellado
de esta tan triste noche
me trae el recuerdo
de otra noche
que aún dura, feliz
en mi memoria
donde éramos otros y estábamos
bajo un cielo estrellado
mirándonos con embeleso.
Hoy, solo y lejano,
aguardo con ansia
a que llegue la aurora
y borre con su luz
toda huella pasada.

OBAMA Y TÚ

A Carolina

Entre tú y Barack Obama
vais a cambiar el mundo.
Él tan seguro de sí mismo
arreglará la crisis mundial,
y tú, al sonreír y hablarme
así, de esa manera,
solucionarás también
mi crisis de los cuarenta.
Entre Barak Obama y tú
vais a cambiar el mundo.
Larga vida os de el cielo
en pago de vuestros favores.

José Cantabella (Murcia, 1963), es autor de los libros de relatos: *Amores que matan* (2003), *Historias de Chacón* (2005) y *Llegarás a Recuerdo* (2007). También del poemario *Afán de Certidumbre* (Azarbe, 2009). Dirige el programa literario *La Torre de Papel* de Onda Regional de Murcia. Codirector de la revista literaria *Lunas de papel*, además coordina desde hace cuatro años el *Premio Libro Murciano del año.*

JOSE ANTONIO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

URNA

Todas las guerras dejan sedimentos
y caminos sembrados de apariencia.
En las cunetas siempre queda el hueso
y espacios escondidos en las sombras,
historias no contadas
y mucho norte sin andar,
perdido ya en el ácaro del polvo,
donde el recuerdo queda en la distancia,
en un surco formado de ceniza.
En todas las iglesias llegan vientos
de serrín y carcoma y sus pilares, pan de oro,
donde sus dueños quedan reflejados
como una mancha, como un desperdicio en el mármol,
retienen esa multitud de nombres
inertes ya,
como un telón echado para siempre.
Todas las guerras
atraen las moscas y esos campanarios
no se mueven pues quedan como ahogados,
como esperando que alguien los libere
de ese olor que adormece, de esos dueños
con uñas refinadas, enclaustrados en su urna.
Mientras, fuera,
un viento atrae el gas y el ocre.
Pero esa nube que se forma,
torbellino de barro cuarteado,
fragmentos de cristal en su veneno,
parece que molesta sólo
a los ojos que viven y respiran,
esos que siempre
abren cualquier cerrojo y su epitafio.

José Antonio Fernández Sánchez, 46 años, nació y vive en Barcelona. Ha publicado un pequeño poemario *La profundidad del agua*, en Ediciones Rondas, y en pequeñas revistas locales.

POEMAS inéditos DE MESTER DEL AIRE
DE ANTONIO GARCÍA SOLER

RESUMEN DEL ALBA

Me dirías
del mester del aire

Del alba

Ahora que ya
no vuelve
Y menos aquella luna:
resto de semilla desgastada

NANA

Si to es na, nene, na

Mi tía Milagros

Reclaman
los muertos queridos
una sonrisa
atroz y breve
como otra vida suya

Si aprenden
claman adentro

Atrás

No aciertan con los adverbios
ni con sus manos

Los días:
se los callan enteros

Se sobreponen a solas

HASTA

Haya otra tierra
que nos sepa
en su acoger:

no sabe no contesta

CALLE DEL AIRE

Padre:

ahora podríamos
volver a bajar
o a subir
una calle
nuestra
por la que pasamos
como si tal cosa
con la moto:
yo era un niño
y sonreía al aire
junto a tus brazos,
en vida.
Como si tal cosa.

LIMONES DE MAYO

(No he visto aún
los días enteros

Estaremos
muy equivocados
porque junio
parece cerca)

Antonio García Soler, almeriense, es profesor de Lenguas clásicas y poeta. Organiza un taller literario en la Universidad Popular de Almansa (Albacete).

RELATOS

Meditaciones

Antonio Guerrero

Antonio Guerrero es Diplomado en relaciones laborales y estudiante de Filosofía. Ha publicado en varias colecciones colectivas de relatos y ha sido premiado en concursos literarios como el de la Diputación de Almería.

Hace meses alguien, que conocía mi interés por las letras, se acercó para contarme algo espectacular. Describió a un hombre que caía en un estado catatónico cada vez que leía algún texto literario. Lo dibujaba con los ojos en blanco y el rostro torcido; situaba su expresión entre lo admirable y delirante. No obstante aquello que me relataba me pareció muy extremo y enfermizo. Daba la impresión de que el estereotipo que todos teníamos en la mente sobre el lector límite se había apoderado de un cuerpo humano. Pero eso no podía ser. Ese acontecimiento era imposible –pensé-. Y movido por ese razonamiento consideré la posibilidad de que aquella persona, que también era desconocida, estuviera burlándose de mí. Sin embargo, para mi sorpresa, el narrador continuó su relato añadiendo nuevos detalles. De alguna manera escupió una imagen atractiva de la persona a la que se refería: Santiago Biralbo. Poco a poco despertó un extraño interés por lo anecdótico de aquel extraño individuo. Debo reconocer que fui cambiando de opinión.

De todo lo que me dijo aquel hombre sobre Biralbo, recuerdo con especial interés una escena casi criptofilosófica: cuando Santiago se sentaba en el salón de su casa – me relató-, estaba perdido en su propio laberinto, disperso entre las líneas de algunos textos que leía. En ese derredor daba la misma importancia a los personajes, y a las historias, que a la misma realidad. Atendía, por lo tanto, con mucho más empeño a las necesidades de estos personajes que a las suyas propias. Hasta llegaba a susurrarles expresiones, como si le oyeran y con eso pudiera cambiar sus circunstancias. También hizo referencia, el desconocido, a otro rasgo esencial que me conmovió. En un momento aludió a las presentaciones literarias a las que acudía Biralbo como espectador. Por lo que decía, este individuo, se dejaba llevar por los sonidos y por las pausas de los escritores hasta que llegaba a un vacío trascendental. Entonces, cerraba los ojos y dejaba caer su cabeza hacia abajo. Las personas que estaban más próximas a su butaca le encontraban en un estado catatónico. Al principio se preocupaban pero cuando alguien les comentaba quien era retrocedían en sus actitudes y daban aquel acontecimiento como parte del evento literario. Le dejaban semiabandonado en el reconocimiento de su talante bohemio: un enfermo en mitad de un discurso literario o al revés.

Llegado el momento tuve que detener al narrador un instante. Todo lo dicho sobre Santiago fue llegando a la parte de mis emociones en las que vencía la nostalgia y la misericordia. Los rasgos principales comenzaban a agazaparse en mis sienes. Aquello me resultaba tan mágico, y tan excéntrico a la vez, que me devolvía a la infancia. Realmente, estaba ensimismado. Aquella extraña persona parecía extraída de una novela. Su existencia no pasaba desapercibida para cualquiera. Puede que por eso le pregunté si sabía de otra presentación literaria a la que Santiago pudiese acudir. Este me dijo que sí y – lógicamente – anote el lugar y el día para tratar de conocerlo. No podía pasar mi vida sin saber al dedillo quien era ese hombre. De alguna manera me sentía responsable de su existencia. Desde que comencé mi andadura como escritor había tratado de conocer la conciencia de algunos de mis lectores. Tenía que hacerme con la de este individuo.

Y por supuesto, tras varias semanas, llegó aquel día. Lo recuerdo compuesto por una niebla sensible y melancólica, como la memoria de un niño a punto de llorar. Puedo evocar casi todos los detalles del momento: en primer lugar Alberto Malero, el escritor que presentaba su último libro, llegó al auditorio. Al entrar en la sala me sobrecogí. No supe por qué. De todas formas al verlo fui a felicitarlo. Tras ello me situé entre las butacas y esperé pacientemente la llegada de Santiago. El narrador me había dado una pequeña descripción física, para que no tuviera problemas al reconocerlo. Cuando apareció mi corazón dio un vuelco inesperado. Inmediatamente fijé toda mi atención en su comportamiento: venía cargado de satisfacción, por lo que dejaba entrever en el rostro. Para él aquel era el ejemplo de un día perfecto, supuse. Entonces se sentó. Se apoderó del reclinatorio pausadamente, estaba en la predisposición de vivir una experiencia trascendental. Poco después, comenzó la presentación. A partir de ahí y mientras que el discurso del escritor avanzaba, Biralbo, comenzaba a desdecirse de si mismo hasta aproximarse a algún orgasmo intelectual. Se disgregaba en el derredor como si buscara alguna partícula poética. Daba la impresión de que consideraba la felicidad como una materia incluida en el conocimiento académico, independiente de los sentimientos. Era un religioso de las letras – sentencié -: su mente seguía el arte como el que buscaba a un Dios. Imaginé que esperaba entrar en ese cielo literario a través de la lectura. De alguna manera se había creado una filosofía hermética: amar a la literatura sobre todas las cosas, alabarla, no pronunciar el nombre de ella en vano, no matarla ni ofenderla, sobre todo no engañarla con otro tipo de arte menos puro. Su credo le permitía sentirse superior a otros seres humanos. Estaba seguro de que palabras como Lorca, Quevedo, Joyce y Chejov le protegían frente a cualquier adversidad y vulgaridad. Parecía que, constantemente, buscaba el éxtasis místico. Mientras yo le observaba, su esculpido estereotipo de lector se asemejaba al de un monje responsable y devoto de la palabra, a la espera de la salvación por los letrados de la tierra prometida. Conmovido por lo admirable y absurdo de todo lo que veía se me ocurrió acercarme para conocerlo. Y así lo hice. Este me dio la mano en su vuelta a la realidad. Luego le propuse tomar un café en una cafetería de la ciudad, una bohemia que representara su estilo. Dijo que sí, por su puesto. Y al llegar allí, cerca del lugar donde se había producido la presentación, Santiago Biralbo, sonrió. Traté de provocarlo para que hablara. No me costó ningún esfuerzo. Me dijo que siempre había considerado a la literatura como una música muda entre papeles blancos, una melodía inacabada. Creía que el lector debía terminar la melodía en su interior. No podía hacer otra cosa que reírme ante sus argumentos, pero tenía que mantener un mínimo de cortesía. Creo que fue entonces cuando le pregunté desde cuándo tenía esa visión de la literatura. Me respondió, rápidamente, que desde que conoció a Antonio Muñoz Molina. Entonces, y previendo que lo que me iba a decir era importante, abrí una pequeña libreta para anotar. Santiago Biralbo comenzó a relatar aquel encuentro. Yo escuchaba con absoluta frialdad y celo. No quería que se perdiera nada de su mensaje. Le oía con el detenimiento que se merecía. Desde luego colocaba a Muñoz Molina en un podio. Cuando terminó su discurso anunció que tenía prisa. Traté de retenerle pero fue imposible. Tuve que decirle adiós muy a mi pesar.

Al llegar a casa me cambié, rápidamente, de ropa y me situé con destreza en mi estudio. Me

senté frente al escritorio. En aquel momento, embelesado, leí las notas que había tomado. Estaba impaciente por rememorar lo vivido: [*Nota 1: Santiago Biralbo había tenido una estrecha relación con el escritor. Tan grande era esa relación que Antonio Muñoz Molina había escrito sobre él. Lo había relatado en un libro llamado: "El invierno en Lisboa". En ese trabajo, Santiago, era en un músico de Jazz enamorado de una mujer llamada Lucrecia. Muñoz Molina lo disponía por las calles nocturnas y lúgubres de Lisboa, unido al nombre de otros personajes como Floro Bloom. En la oscuridad de aquella cuidad portuguesa Santiago parecía un fantasma imaginario.*] [Nota 2: *De repente he olvidado el rostro de Santiago. Se ha ido de mi mente sin más. A penas ha desaparecido de mi vista, lo he borrado. No entiendo nada. Pero, extrañamente, tengo un ejemplar de* ***El Invierno en Lisboa*** *entre mis cosas. El nombre de Biralbo está en casi todas las páginas.*]

Al leer esto me sorprendí. Las palabras parecían extraños galimatías en el papel. Sin embargo aquella era mi letra. ¿Qué había pasado con el rostro de Biralbo? ¿Por qué lo había olvidado? Todo era absurdo. No obstante me armé de valor y traté de hacerle frente a Santiago, fuese quien fuese. Había conseguido exasperarme. Me parecía que aquella experiencia estaba como embrujada.Miré detenidamente la libreta otra vez: [Nota 3: *Mañana tengo cita con mi psicoanalista, el miércoles con mi editor. Tengo que acabar el maldito libro en el que estoy trabajando. Me tiene obsesionado. Es una reflexión sobre los lectores. A veces tengo la sensación de haber perdido la cabeza. Lo único que tengo claro es que, como lector, soy un producto de la época burguesa anterior a la mía, que la felicidad está sujeta a los títulos académicos, que los besos en la boca provienen del cine y que el amor se encuentra como metáfora en los poemas. No obstante, el libro es una hermosa obra de arte. A pesar de lo absurdo de la liturgia literaria, de la religiosidad de sus actos, y de la falsedad de las relaciones humanas que lo frecuentan, es una resistencia humanista ante otras formas artísticas más actuales. Es capaz de conectar en mayor grado al creador y al espectador. La sinceridad entre uno y el otro esta más sujeta y firme. Precisamente por eso, por la sinceridad, engancha. A pesar de todos los sacerdotes, mesías, locos, borrachos y anticristos literarios, la literatura es una actitud honrada ante la vida*.] [Nota 4: *Mi psicoanalista me dijo que dejara de hablarles a los personajes de los libros que leía, sobre todo si era para documentarme por mi libro crítico sobre los lectores. Me repitió que dejara de hacerlo en público. Una esquizofrenia de este tamaño podría destruir mi reputación. Si de alguna manera iba a convivir con ciertos engendros en mi conciencia debía hacerlo de manera privada, como si fuesen miembros de mi propia familia. Por supuesto debía pedirles que se marcharan, antes de que estos llamaran a más personajes. De la misma manera tenía que dejar de inventar situaciones en la que conocía a gente con los hablaba sobre mis personajes. Eso me dijo el Doctor.*]

Al terminar la lectura cerré la libreta con un golpe seco. No quería aceptar que todo era fruto de mi imaginación. Lamenté no haberme dado cuenta de mi autoengaño. No podía entender que tanto Santiago como el hombre que me condujo a él eran fantasmas propios. Casi no quería digerir el ridículo que había hecho mientras mis conocidos me vieron hablar solo en aquella cafetería. Aún triste, miré a mí alrededor. Entonces fui en busca de mi sofá preferido. Me encontraba en el salón de mi casa, perdido en mi laberinto... Estaba rodeado de los cientos de libros que había adquirido tras muchos años de lectura. Eso me había animado a escribir. En ese derredor, creo que por inercia, cogí un libro. Se trataba de *El Invierno en Lisboa.* En ese instante tuve una reflexión sobre las consecuencias que estaba sufriendo al documentarme sobre mi libro: "Como sigua conversando con los personajes de las novelas terminaré siendo un escritor de best-seller" Eso me sobrecogió. Dejó la perplejidad muy cerca de mí.

The Hong-Kong Book Fair

Rocío de Juan Romero

Rocío de Juan Romero (Bilbao, 1977) ha recibido premios de relato breve y microrrelato. Próximamente publicará su primer libro de relatos.

Loreto era un rostro rodeado de otros cientos de rostros humanos, pero algo la hacía destacarse de la masa anodina de la facultad. Pasé mucho tiempo analizando cuál era esa cualidad que me hacía imposible despegar la vista de su figura, que me obligaba a escanear todos los lugares que frecuentaba hasta localizarla entre la multitud.

No sé si Loreto fue consciente en algún momento de mi interés. Alzaba los ojos con timidez cuando la saludaba, y no llegaba más allá de los monosílabos en mis tentativas de conversar con ella. En otras palabras: nunca coqueteó conmigo y decidí que era mejor olvidarla una vez finalizada la universidad.

Sin embargo, una década después, volví a adivinar su rostro entre la muchedumbre. Ese gesto suyo, la forma de alzar la cabeza, me confirmó su identidad. Fue una visión fugaz en el mar de rostros que abarrotaban la feria más multitudinaria a la que jamás había asistido: la Hong-Kong Book Fair. Mi trabajo de agente editorial me había conducido hasta las puertas de Oriente pero no sólo lamentaba el viaje, sino que empezaba a experimentar síntomas de agorafobia.

Mi indisposición quedó rápidamente relegada a un segundo plano al distinguir a Loreto entre aquella miríada de personas. ¿Dónde podría volver a encontrarla? ¿A qué lugar acudiría una española en una feria asfixiante para encontrar un momento de tranquilidad? La respuesta me llegó como una revelación. Entre los servicios feriales destacaba una amplia oferta de restaurantes de comida rápida y bares. Al repasar la relación de nombres, me había llamado la atención uno en castellano: “Café Punta del Cielo”, una franquicia mexicana que prometía saborear café de verdad. Quizá pudiéramos coincidir allí.

Aquella tarde fue la más larga de mi vida. Mientras repasaba el catálogo de expositores de la feria, de dimensiones y letra parecidas a una guía de teléfonos, fui saboreando despacio un café tras otro, y alzando la vista a cada momento. Sentía una desazón creciente. Aquel catálogo me hablaba de miles de editoriales, cada una manejando cientos de autores, y si multiplicaba por un promedio de cinco obras por escritor, visualizaba una biblioteca infinita que ninguna generación sería capaz de leer. ¿Cómo distinguir, entre aquel maremágnum de productos, al autor que merecería la pena representar, al que quizá podría alcanzar notoriedad en su década y mantener saneadas las cuentas de una editorial?

Con un gesto agotado cerré el catálogo y me levanté para pedir un último café. Una mujer abonaba su consumición en la barra. Aunque estaba de espaldas, reconocí sin dificultad aquel movimiento de su cabeza. Loreto giró al oírme pronunciar su nombre y su rostro se expandió con una sonrisa al reconocerme.

Por eso me convertí en agente editorial: aquella chica me había demostrado, en mis tiempos de facultad, que era capaz de identificar lo valioso entre la multitud. Y ahora estaba preparado para aprovechar la oportunidad.

AL FINAL DEL DÍA

Nadim Marmolejo Sevilla

Periodista y escritor colombiano (Palmito, Sucre, 1965). Fue reportero del periódico El Heraldo de Barranquilla. Hizo parte de la *Antología del cuento corto del Caribe colombiano* editada por el Fondo Cultural de la Universidad de Córdoba.

Cada mañana, camino de la oficina, Simona Badel se duerme en el autobús como consecuencia de madrugar. Aunque ha luchado por deshacerse de la bendita costumbre, no ha tenido éxito. Por el contrario, en ocasiones se ha profundizado tanto que ha logrado soñar. No obstante nunca ha llegado a roncar. Y por eso es poco lo que tiene que decir acerca de la guerra del centavo en la que se debate el transporte público de la ciudad.

—Parece que no vivieras en este mundo —le recriminan sus compañeras de trabajo, cuando conversan sobre el tema en los intermedios laborales y ella no es capaz de opinar algo. Y se acongoja porque ninguna le reconoce que no es por falta de interés sino de fuerzas para controlar la somnolencia que la atrapa apenas se embarca en el autobús.

Y hoy no es la excepción. Va sentada junto a la ventanilla con la cabeza desgonzada hacia adelante, como una veleta sin viento. Sobre sus piernas lleva el bolso de fique que, por lo general, usa para ir al trabajo, arriba del cual yacen sus delgados brazos. La luz de la bombilla del techo le cae justo en la cara. Es blanca, esquelética, pero denota estar en las mejores condiciones físicas. Tiene el cabello liso y negro, largo hasta los omóplatos, y unas manos intachables que permiten determinar que desconocen los oficios duros.

El pasajero que le hace compañía en el asiento de al lado, quien allegó luego de que se durmiera, no deja de mirarla de vez en cuando como si vigilara su sueño. O como si le atrajera su físico. Es un hombre de piel achocolatada y cabello ensortijado. Lleva la mano puesta sobre el espaldar de la silla de enfrente, dejando ver toda la extensión de la manga larga de su camisa rayada. En los frenazos que da el automotor a cada momento, debido a la mala forma de manejar del conductor, se ve obligado a sujetarse con fuerza a la silla para guardar la posición. Simona se da cuenta de su presencia cuando se despierta, justo antes que el autobús llegue al paradero que le corresponde. Y por un instante queda alelada creyendo que se trata de alguien conocido, pero al cabo del mismo se aparta de aquella impresión pues no puede hallar en su memoria ningún indicio que se lo corrobore. Sin embargo, le queda el pálpito de haberlo visto antes.

A continuación de ponerse en pie, Simona le pide al desconocido permiso para cruzar hacia el pasillo, y este gentilmente gira las piernas hacia un lado para permitir su salida.

—Con mucho gusto — le dice el hombre, además.

Y Simona descubre que su voz es la misma del locutor de la radio que escucha todas las

mañanas en la estación de las canciones románticas que sintoniza antes de partir hacia el trabajo y de la cual se ha enamorado perdidamente. Sin que pudiera evitarlo es asaltada en forma repentina por un inesperado escalofrío y no consigue articular palabra para decirle cuánta fascinación le produce su voz, como imaginaba hacerlo cuando pensaba en aquella posibilidad. Incluso empalidece. Y el locutor de la radio se percata de ello.

—¿Le puedo ayudar en algo, señorita? —inquiere.

Simona, sintiéndose profundamente apenada, se apresura a desaparecer de su lado y toma rumbo aprisa hacia la puerta de salida del vehículo. En el fondo hubiera preferido recibir el auxilio del locutor a huir, ya que lo ansiaba interiormente, pero se impuso la naturaleza timorata de su personalidad. A poco de descender del autobús, se sienta en el andén a reponerse del impacto que le dejara el furtivo encuentro y sólo se levanta cuando la respiración, que se le hubo alterado también, vuelve a su ritmo normal. Al cabo de dar los primeros pasos la invade una súbita alegría al consentir que se la ha cumplido uno de los sueños de su vida. No del modo en que esperaba, pero conciente de su validez. Luego de alcanzar la calle que lleva a su lugar de trabajo, avista el enorme edificio que alberga el bufete de abogados en el que durante los últimos cinco años ha desempeñado el cargo de secretaria del doctor Ibáñez que le permite ganarse el sueldo de pobre al que está condenada la gente común y corriente. Es como una cápsula de concreto que parece encallada en aquel declive andino repleto de casas antiguas.

Sin saludar, involuntariamente, al vigilante de turno, se introduce en el ascensor que por casualidad ha encontrado abierto como si la estuviera esperando. Marca el piso 26. Y cuando se cierra se mira en el espejo que le manda el reflejo de su rostro enjuto, del que pronto mana una sonrisa pícara. La imaginación de Simona juega por un momento con la imagen del locutor envuelta con las sábanas de su lecho, dispuesto a empezar el tercero. Y aquella fantasía la hizo abrumar. Luego se retoca un poco el maquillaje para corregir los puntos que resultaron afectados por la exposición a la intemperie. Igual hace con su cabello que muestra un leve desarreglo. Es bella, indudablemente. Lleva puesto un jeans y un suéter ajustados que le resalta la esbeltez de su jovial cuerpo que invita al hombre a la aventura y el delirio. Posee unos ojos del color del océano que a cada rato se los están loando, pero que en vez de hacerla sentir contenta y orgullosa ha logrado ensanchar su inhibición hasta el punto que procura no participar de los festejos que con frecuencia programan en la oficina por motivos distintos cada vez, ni aparecer en las fotografías que se toman luego para guardarlas de recuerdo.

Aunque este empleo no satisface sus aspiraciones, dado que su estipendio es inferior a sus necesidades ni compensa siquiera el sacrificio de levantarse todos los días a las tres de la madrugada, tal como les ocurre a todos los trabajadores del mundo, no le queda más alternativa que conservarlo. Las dificultades económicas por las que atraviesa a causa de la estrechez que atesoran los de abajo, no le permite abandonarlo para ir en busca de otro de mejor condición. Sólo la pretensión de obtener una pensión que le sirva para afrontar la vejez con dignidad, la animan a continuar ahí en contravía de su gusto.

Toda la mañana permanece en un ensimismamiento tan abrazador que nadie en la oficina escapa a su conocimiento. Por eso cuando se sienta a almorzar, una de sus compañeras de trabajo, con la que sostiene un trato más allá de las formalidades que impone el rigor oficinesco, indaga qué le ocurre. Pero ella, dispuesta a proteger el secreto de su encuentro casual con el locutor de la radio ya que era bien conocida por las amigas su admiración por él, se sale por la tangente acusando a las vicisitudes financieras que la acechan de ser las causantes de su situación. Sin embargo, al instante se arrepiente y lo cuenta todo.

—Tú lo que estás es enamorada de ese señor —conceptúa la compañera apenas Simona acaba su relato.

—Que va, sólo piensas en eso —le reposta ella. No creo que el amor se le meta a uno así de esa manera.

—No te resistas; si quieres tener algo con él, hazlo; ¿cuál es el problema? —incita la amiga

interesada en arrancarla de los garfios de la timidez.

—Los hombres sólo saben labrar desdichas —sentencia ella, recordando las rudas manos y el aliento de animal de su padrastro que osó usurpar sus entrañas de infante. Pero la compañera, inocente de todo, se ríe.

Al acabar la jornada laboral, sale de la edificación con destino a la casa. Cruza la calle corriendo ya que el semáforo está a punto de cambiar a verde y traspasa la ancha avenida. A pocos metros de allí, entra en el establecimiento de comidas rápidas que hay diagonal a su lugar de trabajo a comprar algo para llevar a la casa. Pide una hamburguesa con gaseosa y se marcha sola hacia la caseta más cercana a esperar el autobús que la llevara de regreso a su domicilio. Por suerte llega uno pronto y encuentra puesto cerca a una de las ventanillas del ala izquierda, muy cerca del lugar del conductor. No había acabado de sentarse bien cuando tiene que aferrarse al espaldar de la silla de adelante para soportar el frenazo en seco que da el vehículo y al buscar la causa de semejante barbaridad observa que fue para poder recoger a una persona.

Y casi se paraliza al advertir que aquella persona era ni más ni menos que el locutor de la radio. Se le antoja creer entonces que es víctima algún espejismo o de una mala jugada de su imaginación, que le gusta siempre estar volando nada más por el simple placer de no estar quieta. Pero la realidad es contundente. Es él. Entonces opta por rezar, cerrando los ojos, para que no se le acercara. Pero al abrirlos se da cuenta que el locutor se ha plantado justo donde está ella, serio y distante como un maniquí, mirando hacia la ventana. Y otra vez es presa del mismo escalofrío del que fue víctima en la mañana. Su corazón también se inquieta de tal modo que pareciera querer escabullirse de su pecho. Pero el hombre jamás se da cuenta de aquello. Sólo se percata de su presencia cuando la ve ponerse en pie para buscar la salida del autobús.

—Hola —la saluda, verdaderamente extrañado de topársela de nuevo.

—Hola —le responde ella, cargada de nerviosismo.

—¿Vives por acá cerca? —pregunta él.

—Sí —asiente ella.

Entonces comprende que no es de su voz que está enamorada solamente sino también de él, como había tratado de hacerle entender su compañera de la oficina, y admite que si desciende de aquel automotor perdería una oportunidad preciosa de desenterrar la ilusión que por tanto tiempo ha mantenido oculta por culpa del ruinoso pasado que la persigue y que posee como fiel aliada a su opresiva inhibición. Por eso se decide a decirle, con una osadía que jamás hubo experimentado:

—Cásate conmigo.

El hombre, de veras sorprendido, se apresura a sonreír para disimular los efectos de la impacción que sobrevinieron a la inusitada invitación.

—Estoy hablando en serio —le dice ella cuando ve su sonrisa.

—¿No crees que es descabellado? —anota él. Apenas te conozco.

Entonces Simona Badel lo toma de una mano.

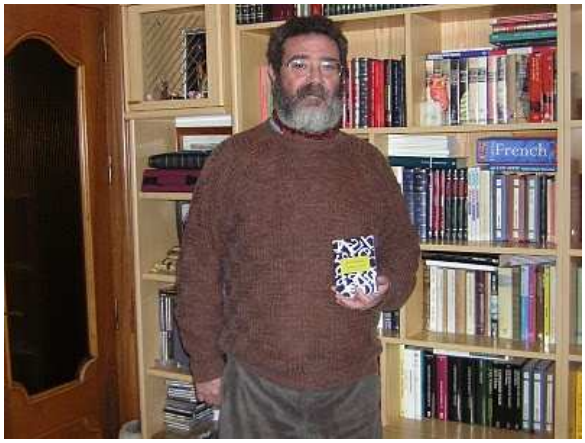
—Incluso el camino hacia el edén está plagado de absurdos —arguye ella.

—De todos modos es mejor pensarlo bien, ¿no te parece? —propone él.

—Tranquilo, la reflexión suele venir siempre luego de obrar —le dice Simona. Y lo hala hacia su ser.

El locutor de la radio se resiste un poco y vuelve a sonreír. Es como si temiera que Simona pretende divertirse a costa suya. Y la mira de una forma inquisidora, como si tratara de extraerle de lo más profundo la razón exacta de tan rara actitud, pero lo que resulta del ejercicio es que irremediablemente no es lo bastante firme para negarse a su inesperado petitorio. Y en el siguiente paradero bajan juntos del autobús.

LAS RAZONES ASTROLÓGICAS DE LA ÚLTIMA CENA



Por JESÚS CÁNOVAS

(Hellín, Albacete, 1959. Es autor del libro de relatos *Dulcísimas hebras de oro*, y de una amplia obra poética.)

—...los aries, de una pieza, pero elementales, revoltosillos; los leo, si no se pasan de fantasmas, se les puede aguantar; los tauro, cerriles, cabestros con cuernos; los acuario... los acuario, los acuario... los más difíciles, no hay quién los entienda. Un acuario, por definición, es contradictorio; a mí me cuesta mucho trabajo convivir con ellos, y el destino, para inri y tormento mío, se empeña en ponerlos de continuo en mi vida.

—Compruebo que dominas a la perfección el lenguaje astrológico —me interrumpió Emma con su mirada azul, insistente y picarona.

Había leído uno o dos libros de astrología recientemente, y en aquella cena informal de fin de curso sentí ganas de comunicar mis conocimientos sobre el asunto, así que en cuanto pude metí cuña para derivar la conversación hacia mis adelantos en dicha materia. Esto ocurrió durante los postres, al ocuparme solícito del interés que había demostrado Emma por mi tarta de queso con arándanos. "Debes de ser una tauro, por lo glotona que eres", le dije, y, al tiempo que infería una orientación positiva a mis propósitos, le arrimé una cucharada del preciado manjar.

—No es que quiera dármelas de nada —me justifiqué—, pero algo de verdad hay en la astrología. La teoría hay que contrastarla con la práctica. Asombrosamente comprobaréis entonces cuánto de verdad hay en este saber.

Un grupito cercano andaba con la oreja puesta.

—¿Saber? —preguntó Aparicio Excrementini con el gesto torcido.

A mí se me antojó que había un tanto de incredulidad en su pregunta. Aparicio era el de Economía; chato de cara, chato de mente y con encefalograma, tac, resonancias y demás algo planos para lo que no fueran números y cuentas, asientos, debe y haber.

—Sí, saber —contesté, circunspecto—; aunque hay quien piensa que también es un arte.

—¿Arte? —volvió a preguntar Excrementini. Miró de corrido a su alrededor en busca de solapadas connivencias y masculló unos sonidos ininteligibles.

Pero Emma, con ojos refulgentes, adelantándose a cualquier réplica de mi parte, con la suavidad de una sonrisa, me instó:

—Sigue, sigue, Fernandino, con tus descripciones de signos, no te cortes. ¿Cómo son los virgo?

—Unos estreñidos; de tanto aguantar la mierda les cuesta cagar.

Fue un golpe de efecto, y algunos comensales más giraron su cabeza hacia mí, encandilados por mis disquisiciones. Puri me empitonó con sus preciosos y redondos ojos color mermelada de

albaricoque.

—¡Pero bueno! —exclamó.

—Tal vez yo esté utilizando ciertos eufemismos mal sonantes —me defendí—, pido perdón por ello a las personas recatadas. Lo único que pretendo es enfatizar de forma gráfica el carácter de los signos. Para que se me entienda.

—¿Tú crees en esas esperfollas? —inquirió de nuevo Excrementini con cierto tonillo entre burlesco y agresivo. Y añadió, sentencioso—: La astrología es una superstición infundada y bastante nociva.

—Ni creo ni dejo de creer —le respondí—. No se trata de creencias sino de conocimientos. Estas cosas hay que comprobarlas con una observación minuciosa. —Le miré con atención a los ojos (su mirada opaca tras unas gafas redondas de aretes dorados, su belfo caído, su boca entreabierta, sus dientes pequeños y separados, su doble papada) antes de soltarle—: Si es infundada, debe ser superstición; pero si no es superstición, debe ser fundada. Por otro lado, ¿ayuda o no a la vida? ¿Tú qué piensas, Aparicio?

—Fernandino está sembrao esta noche —intervino la rauda Emma dirigiéndose a los presentes, y zanjó con un gesto de su mano la incipiente protesta de Excrementini. Luego posó su mirada almendrada y suave sobre mí, y me la clavó como una daga—. Vamos a ver, Fernandino, escancia tu saber y alúmbranos… Julio es géminis —dijo, y enfocando al aludido, le preguntó—: ¿No Julio?

—Sí, soy géminis, pero sólo un poco… —aclaró Julio Pajotero, elevando la testa con infinita parsimonia, dando leves (y amorosas, como diría el poeta) cornadas a uno y otro lado, un tanto confuso—. ¿Por qué me lo preguntas? —inquirió.

Al instante, como un estoque en la base del testuz, calló una rogativa:

—¡Di algo sobre los géminis!

Eso me pidió Emma, la pervertidora.

—Son unos alcohólicos con vicios ocultos; no hay más que mirar a Pajotero —largué.

La sobremesa tomaba la forma de una cálida combustión de leños, íntima, entrañable. Se sentía una especie de rebullir en los contertulios, quizá en sus plexos solares. Y, sin embargo, no florecían las risas, tan deseadas.

—¡Fernandino!, ¿qué dices? —enfatizó el mencionado al tiempo que alzaba la mano derecha encallecida como en señal de protesta, mas su voz sonó a estrangulamiento.

—La verdad —repuse—. Si te ofendes es porque la astrología no te deja indiferente. Si no creyeras en ella, te daría igual lo que yo dijera o no dijera de los géminis. Tú no eres el signo, pero géminis tira al alcohol. Y punto.

—¡Cojones, lo que sabe este tío! —exclamó Juan Romerijo—. No hay quien rebata su lógica abstracta. —Y miró para Emma.

—Los sagitario unos mierda engreídos, sin educación ni modales —apunté, sin que nadie me incitara a tales confesiones. Se cogía marcha.

—¿Qué dices? —preguntó Miguel Cagarrutio con mirada un tanto torva.

—Lo que oyes.

—¿Qué? —insistió Cagarrutio, levantando la voz.

—Que los sagitarios son pancistas —le expliqué, silabeando un poco—, lo contrario de los capricornios que son roñosos y trepadores.

Cagarrutio era guasón, pero muy digno en sus apreciaciones. Si las guasas no provenían de él, y podían pillarlo en arrenuncio, adoptaba porte estólido. Quizá fuese por este tipo de disposición que estiró la columna vertebral todo lo que pudo antes de sacudirse (con dignidad) un lingotazo de vino; le retembló el bigotillo debajo de su nariz larga y terminada en porreta, donde se entrecruzaban múltiples venillas de color morado. Después del ataque de pundonor me echó una mirada criminal. Sagitario o capricornio, ¿qué sería?

—¿Cómo son los piscis? —preguntó la jocosa Emma, dispuesta a no dejar pasar motivo tan

interesante de conversación.

—No te puedes fiar de ellos —respondí—. Yo no confiaría en ningún piscis. A parte de que, para variar, también son alcohólicos.

—¿Y los cáncer? —volvió a preguntar la interfecta en franca pero torcida sonrisa.

—Si quieres amargarte, pon un cáncer en tu vida —dije—. Muy blandengues y muy malos, muy ideosos. Alcohólicos de cuidado…

Rió la gorda Finita (un fuelle asmático), y al bies mostró un perfil cañí y algo canastero. Un moño traspasado por una especie de arpón en lo alto de su cabeza le daba aire de antigua reina. Rió la gorda Finita (poseía garbo, tronío, caderas anchas, boca ancha, prominentes mandíbulas y un cabello morenazo, largo y brillante), y sus ojos negros, atormentados por la miopía y la presbicia que no disimulaban las lentillas, intentaban parecer gráciles mariposas.

—Finita es feliz —apostilló Emma, la rubia y picarona de ojos azules.

El paso de los años, atroz, había tejido su telaraña, lenta, insistente y fatal, y bajo los afeites donde subyacía la tez aceituna de Finita Heredia Camborio asomaban diminutos canalillos, terribles redes. ("¿Me ves guapa?", en confidencia me preguntó un día, al salir de clase, cuando coincidimos en el pasillo. "Finita, donde hay siempre queda", le dije. Ella agitó con gracia su morena pelambrera a la vez que me guiñaba uno de sus ojazos.) Inmensas, sus tetorras, enfundadas en una blusa negra de moaré adornada con lujosos lamparones, subían y bajaban por encima del abultado vientre. *Ju, ju, ju, ju…*

A mitad del jovial espectáculo, una risita de pitiminí tomó iniciativa:

—Yo soy libra, ¿qué puedes decir de los libra? –me preguntó, con acaramelamiento, Susanita Zorraida, viuda de tres maridos.

En éstas que llega el camarero e interrumpe el sabroso coloquio. Hecho un general sin charreteras capta nuestra atención y nos conmina a elegir un tipo de chupito: orujo, mora, melocotón, manzana... A las peticiones de los presentes, estampa garabatos en una libretilla. Nada remilgado, severo, mas con cierta gracia en el ademán, diligente, parte luego hacia el infinito donde se barajan las posibilidades de los licores.

—¿Qué puedes decir de mí? Soy libra… —me insta otra vez, tras la huída del general sin charreteras, la Zorraida, agitando blondas y ricitos rubios por debajo de un sombrero vaquero lateralizado.

—Susanita, tú perteneces al éter, pero eres muy follaora —sentencio con aplomo.

Interviene, presuroso, ante la perplejidad de Susanita, y de alguno más que Susanita, Salvador Pérez Chivatini, *El Bueno*, y me recrimina:

—Fernandino, no te pases. Eso de que Susanita es follaora... Te has pasado.

Su voz suena atemperada, suave es su amonestación. Da la impresión de que este tipo anda cultivando el buenísmo desde su nacimiento.

—¡Yo a este tío no lo aguanto! —exclama, de repente, Puri, enfurruñada, y busca complicidad entre los presentes, sin mirarme.

Y entonces, tras la arrancada de Puri, Grulí Alvear, solterona convencida, diplomada en Diseño y Corte de Trajes, desde algún inopinado rincón de la mesa, grita con desparpajo, escopeteada:

—¿¡Cómo dices eso!? —Hocica su peludo belfo, se adelantan sus salvajes incisivos, se tensa su piel morenaza por encima de los sobresalientes pómulos y desentona la Grulí Alvear con un exabrupto—: ¡Susanita no es folladora, y a quien me la toque lo mato!

El alcohol…

Conocidas eran las inclinaciones lesbianas de la Alvear, de signo astrológico indefinido, y, tal vez, ofuscado, por lo que aquel arrebato de pasión incontenible provoca la hilaridad de ciertos contertulios, pero, quizá porque no es el momento, de forma contenida.

"Grulí, ahora te has pasado tú", oigo que le dice alguien, no sabría precisar quién, seguramente persona sensata.

—Vamos a dejarnos de remilgos. Somos mayores y a estas horas los niños ya están acostados —digo, cargado de razones—. Además, estamos de broma. —"Se imponen, pues, tácticas subliminares", pienso. Escruto un vaso donde destella el vino, rojo y llameante, y refiero—: Dejad a Grulí, la inocencia habla por su boca —y, seguido, le pregunto a la interfecta—: Grulí, ¿cuál es tu signo?

—¡Y a ti qué coño te importa! —me espeta, arrebatada (en su voz parece que resuenan las cavernas), y arroja para adelante sus rotundos incisivos—. ¡Siempre hay alguien que lo estropea! —grita, briosa.

Me quedo acoquinado ante sus bríos. Se produce un breve silencio, pero es breve. Pronto se deslizan los murmullos por aquella atmósfera cargada de ademanes.

—¡Bueno...! ¡Cómo anda el patio! —resopla Mariano Mariconeti, el de música, con gracilidad estudiada y la boca estreñida como un culo, meneada su media melenita rubia en nervioso tintineo, quebrándose leve para un lado, el mariconazo y muy alfeñique, y en el aire sacude una de sus manos como espantando moscas.

Grulí, la de pelo cortado a cepillo, está roja, aunque no se sabría precisar si de vergüenza o por algún otro tipo de mudanza.

—Yo sé defenderme sola, Grulí —dice Susanita a la soliviantada. Y, enfundada su cabeza por el gracioso sombrero que le da tan elegante aire coqueto, arrebujado su débil cuerpecito por un poncho color carmesí de voladores flecos, mirándome fijamente con sus ojazos de terciopelo celeste, rasgados, cejijuntos, a cubierto bajo unas gruesas gafas de concha con anchas patillas recamadas de circonitas, ante la expectación del resto de los comensales, me pregunta—: El señor, ¿de qué signo es?

Del mismo modo que ocurre cuando se produce un terremoto, como réplica a la inquisición de la bella y rizada Susanita, la Grulí Alvear, airada, toma la palabra, y ésta se me antoja arrojadiza.

—Fernandino es un bocazas y nos quiere cabrear a todos —dice la Grulí, fuerte y rugoso, para que la oigan sin cortapisas ni malos entendidos, y al tiempo estira su belfo peludo todo lo que da de sí—. Es su condición —remata. Añade, después, con inopinado gracejo—: Anda, Fernandino, dínoslo, ¿tú de qué signo eres? Haznos una caracterización somera de tus encantos.

El silencio es absoluto. Sonrío en mi interior. Cuando hablo, nada en mi semblante delata la fiesta de que gozo, mi ecuánime zozobra.

—Soy escorpión —digo, tramudado en ciencia—, y los escorpiones somos buenas personas, sinceros, fieles hasta el extremo y muy leales.

Se alza entonces un coro, in crescendo.

"¡Escorpión tenías que ser!" "¡Mala persona!" "¡Resentido!" "¡Aguafiestas!" "¡Vaya capullo!"

Emma, la puñetera, me ha abandonado. Compruebo que también se suma al regocijo general y disfruta con las variopintas garrochadas.

El camarero, general sin charreteras, llega con las botellas de licor. Al posarlas enérgico sobre la mesa, muy profesional, no deja traslucir ni en su porte torero ni en su altivo semblante (perfil de hidalgo, orgullo de raza) signo alguno que permita descubrir sus valoraciones, o algún tipo de impresión, sobre el alegre cotilleo que se disfruta entre los contertulios.

Y yo, arrobado por aquellos gratos calificativos que me traen a la memoria el canto de los mirlos, oigo finalmente, o me lo parece: "¡Hijo puta!", como en sordina. Debe ser la candorosa voz de la Grulí, por el tono.

EL CEMENTERIO DE ROSALES

por David Vivancos

Cuando bajó del autobús del Cementerio de Rosales ya era otoño. En la media hora que había durado el revirado trayecto del bus que recorría el interior de la necrópolis, desde su entrada principal hasta la Capilla del Sagrado Corazón, en la parte más alta, la señora María pudo comprobar cómo la relativamente cálida mañana de septiembre se había transformado en un domingo desapacible, incluso podría decirse que algo inquietante por el lugar en donde se hallaba.

Durante esa travesía por las entrañas de la ciudad de los muertos, recorrido de panteones de oxidadas verjas entreabiertas con las grúas del puerto como decorado de fondo, de silenciosos senderos y bloques de nichos, de tumbas recientes y gatos perezosos y gaviotas que miraban de modo insolente desde las cruces de piedra, de armazones metálicos de antiguas coronas que convivían con recuerdos en los sepulcros más recientes como fotos de cumpleaños y postales y bufandas del club de fútbol de la ciudad, se había girado un viento de película de horror y el cielo había adquirido una tonalidad plúmbea que invitaba a acabar cuanto antes el acostumbrado tributo a sus muertos y coger el primer autobús que cubriese el camino de vuelta. Solía realizar la visita anual a la tumba de sus padres en septiembre u octubre para evitar el sofocante calor del verano y el gentío que se reunía en el Cementerio de Rosales cada Día de Difuntos. Así podía sentarse en el transporte público y procurarse con relativa facilidad una de las escaleras para alcanzar el nicho, ubicado en el tercer piso de los Columbarios A de la Agrupación 12 de la Plaza de San Agustín, tareas nada fáciles conforme se iba acercando el primero de noviembre.

Se sentó en la parada y buscó en la bolsa el llavín del nicho. No había cambiado nada en la plaza desde la última vez. Se reconocía fácilmente desde el mismo autobús por la aparatosa tumba gitana que la jalonaba: una Virgen de yeso azul celeste de talla humana, rodeada de macizos de rosas artificiales rojas y amarillas, honraba los restos de Antonio y Chiqui desde hacía más de diez años y los Moreno se encargaban de que siempre estuviese perfecta. Algo más arriba, y a la sombra de unos cipreses, otra vieja conocida. La cruz imponente y parcialmente cubierta de musgo del sobrio sepulcro de Raquel Sanjuán, la cupletista y actriz de cine cuya fama trascendió fronteras allá por los años veinte y treinta. La señora María se acercó a curiosear. Alguien había dejado sobre la lápida un ramo de claveles frescos no haría más de una semana. ¿Un admirador nostálgico, un pariente? El tiempo no invitaba a recrearse en tales cavilaciones. Se ajustó un pañuelo al cuello y se levantó el cuello de la chaqueta de punto. Tomó el camino de grava de la derecha y giró por el tercer sendero a la izquierda. Le preguntó a un empleado que cargaba los restos desarmados de un viejo ataúd en su camioneta si le podía acercar una escalera que divisó al final del sendero. Él la miró con desgana y decidió que le costaba más improvisar una excusa coherente que andar unos metros. Volvió en un par de minutos con la pesada escalera metálica. Entretanto, la señora María había sacado de su bolsa el limpiacristales, un par de trapos, un pincel para el polvo, unas flores artificiales de los chinos y un cubito de plástico verde, que llenó de agua en la fuente. Salía helada. Desde allí podía verse tanto el mar, al este, como el palacio de deportes, la torre de telecomunicaciones y el museo nacional de arte, al oeste. Le agradeció el favor al empleado del camposanto quien, al abrir la puerta de su vehículo, le dio a entender, levantando su brazo derecho y sin girarse, que la había escuchado.

Subida a la escalera, abrió la portezuela y pasó un agua por el cristal. Con cuidado porque no ajustaba bien. Escuchó cómo arrancaba y se alejaba la camioneta del operario. Pasó el trapo mojado por la cara interior del vidrio. Le extrañó la ausencia de la señora Teresa. Teresa, su *vecina* del segundo cuarta contando desde la izquierda del columbario, acudía cada domingo a limpiar el nicho en el que reposaba su marido, oficial jubilado del cuerpo de bomberos. Según le había comentado en cierta ocasión, desde que éste falleciera, sólo había fallado a su cita dominical cuando se rompió la pierna en la primavera del noventa y cuatro. Nunca le había dicho cuándo había tenido lugar su muerte pero por cómo hablaba la anciana tenía que haber sido alrededor de hacía quince años.

Consultó su reloj. Las diez y veinte. Posiblemente la señora Teresa habría pensado tomar el autobús de las diez y media y todavía le daría tiempo de saludarla, preguntarle cómo le iba, hablar del verano que estaba a punto de terminar, de sus dolencias, de sus nietos. Roció con el limpiacristales la cara exterior de la puerta de vidrio y pasó el trapo. Repitió el proceso por la cara interna y bajó para cambiar el agua. Pudo distinguir un cortejo fúnebre camino de la Agrupación 5. Cepilló bien la superficie de mármol negro en la cual se leía en letras incisas los apellidos de la familia. Pasó el trapo mojado y luego uno seco y comprobó con inquietud que el mármol bailaba. Avisaría a los responsables de pompas fúnebres para que alguien le echase un vistazo y afianzase la placa con algo de cemento. Remojó los dos jarritos de cristal que custodiaban el nicho, los secó a continuación y cambió las flores de plástico blanco que había dejado el año pasado por otras de color amarillo. Cerró la puerta y bajó de la escalera.

Después de guardarlo todo en la bolsa, echó un vistazo a la obra concluida, ritual que acostumbraba a llevar a cabo antes de irse. Se frotó las manos, las tenía frías. Como ella decía, el nicho había quedado curioso. Era muy consciente de que no estaba haciendo nada por sus padres pero ella se quedaba más tranquila. También tenía la profunda convicción de que sus hijos no harían nada parecido ni por ella ni por los abuelos. El primer año a lo sumo. Luego lo dejarían estar. Pero ese convencimiento no constituía una razón de peso para no seguir haciendo lo que ella consideraba lo más apropiado: rendir un modesto homenaje a los parientes desaparecidos, proclamar a quienes pasasen por el Columbario A de la Agrupación 12 de la Plaza de San Agustín (los empleados del cementerio, las dolientes peregrinaciones de deudos, los gatos) que don Leopoldo Dolz y doña Filomena Carvajal de Dolz continuaban teniendo a alguien que se seguía preocupando de ellos porque no había nada en este mundo (ni en el otro) más triste que una tumba olvidada. Siempre dijo que los muertos merecían respeto, todos sin excepción, incluso aquellos que no habían sabido ganárselo en vida. Al pie de la escalera se olvidó por un momento del fresco que comenzaba a calársele en los huesos y se detuvo un momento en la contemplación de la placa de los Martínez Iniesta (cada año reparaba en ella al coincidir sus apellidos con los de su cuñada), del *Riposa in pace* de los *italianos*, del nicho de la familia Morte Degollada (desde siempre le había llamado la atención esa paradójica unión de familias) o del de los Kryzanovski, tan bien cuidado, de esas desoladoras sepulturas anónimas y de las cerradas con cemento y señalizadas con pintura negra por los operarios municipales, *depositado el cadáver, Manuel Palomo Valiente, 10-12-1973* o *propiedad funeraria de la familia Cortés Alvara*do. Nada hay más desolador que un muerto abandonado por los suyos, se decía una y otra vez, que uno de esos avisos de desahucio pegados en los nichos impagados: *Sepultura no actualizada según artículo 66 de la Ordenanza de Cementerios, plazo de actualización desde el 1 de septiembre hasta el 30 de noviembre*. Nada, nada había más desolador.

La señora Teresa estaba en el otro extremo. Su devoción por el esposo ausente, sus constantes visitas al hombre con quien había compartido más de media vida contrastaba con los cristales rotos y empañados, con los ramos dejados hacía décadas en aquellas sepulturas del desarraigo. La inspección rutinaria de despedida del cementerio la llevó al segundo cuarta de su *vecina* Teresa, al

segundo cuarta contando desde la izquierda. De pronto, sintió como si toda la sangre le subiese a la cabeza y notó cómo la vista se le nublaba tras un estremecimiento de aprensión. Creyó desmayarse y echó mano instintivamente a la escalera a punto de perder el equilibrio. Un nudo en la garganta ahogó su grito de dolor. Allí estaba Teresa, la fiel custodia del segundo cuarta, sonriéndole. La suya era una sonrisa amable, acogedora. Su pelo volvía a ser caoba, como cuando la había conocido, aunque ahora lo llevaba suelto. No recordaba haberla visto nunca tan joven. Pero no cabía duda de que era ella, con uno de sus jerseys de punto de cuello alto, la medalla de la Virgen de los Dolores y sus ojos grises, tan vivaces, mirando un punto indefinido, allá, al frente. Era ella, esmaltada en el frío óvalo, junto al retrato de su marido, con su uniforme, decolorado por el sol y la lluvia. Teresa, Teresa…

Se giró un viento helado. Tenía el tiempo justo para coger el autobús de regreso. Bajó con la cabeza gacha el camino de grava, las manos hundidas en los bolsillos y paso vivo. Teresa, Teresa… hasta el año que viene, Teresa…

David Vivancos Allepuz (Barcelona, 1970). Es autor de la colección de cuentos *Mate en 30* y de *Història del Club d'Escacs Sant Martí*. Sus relatos también han sido publicados en diferentes revistas y publicaciones digitales y en las antologías *Ficciones en los 64 cuadros* y *Cuentos de ajedrez : alrededor de un tablero*.

ENSAYOS LITERARIOS

La mirada médica de la literatura

Por Mónica Maud

El propósito de desarrollar una reflexión acerca sobre las relaciones entre las letras y la medicina, es antes que nada, una excelente oportunidad para revisar nuestra experiencia como lectores, y un desafío para todos, sobre todo, si tenemos en cuenta que no son pocos ni los escritores que se nutrieron de la experiencia que ofrecen las disciplinas médicas, ni tan escasos los ejemplos de médicos para quienes las letras fueron parte importante, y algunas veces muy destacada, de su quehacer.

Para algunos escritores fue muy significativo lo que pudo aportarles la medicina como saber y, en ocasiones, también como práctica. Tampoco son pocos los médicos que hallaron en las letras el campo que les permitiera completar su vocación humanística.

Es cierto que al médico se lo requiere cuando se necesita su ayuda para comprender nuestro cuerpo; pero eso no quiere decir que en todos los casos el médico pueda realizar su tarea atendiendo sólo al cuerpo.

Y en cuanto al escritor, su asunto es siempre, de una u otra manera, el hombre, y muy a menudo ese hombre doliente que atiende el médico. Para los dos, el ser humano está siempre en el centro: él es, en definitiva, el lugar de encuentro de ambas disciplinas, las médicas y las literarias.

Es bien sabido que la ficción que nos ofrecen los novelistas, los escritores, los poetas, está bordeando asuntos que son cardinales de la experiencia médica. ¿Qué tema es más frecuente en las novelas, narraciones, en los poemas? La muerte, ese filo en el que culmina o se disuelve el destino de cada hombre, y que es un punto clave para todos, ya que nos anula y nos completa a la vez.

Así pues, la muerte es, sin duda, la situación extrema que solicita tanto la atención del médico, como la del escritor, y acaso es eso lo que hizo que tantos médicos se hayan dedicado también a las letras, y que tantos escritores hayan otorgado a su vez tanta atención a la medicina. En este sentido, hay muchísimos ejemplos a lo largo de la historia de la literatura. Es evidente, entonces, que el conocimiento de los hechos más críticos de la vida, esto es, las enfermedades, las heridas, el dolor y la muerte misma, son de particular interés para los narradores.

Pero, además de hacer un recorrido por la temática médica que los escritores absorben, hay que tener en cuenta que en el ejercicio de la medicina, el hombre está absolutamente expuesto al dolor, a las profundidades de la miseria humana, aunque siempre enmascarada por la esperanza, ¿qué tipo de sensaciones, entonces, penetran al médico que no sólo ha de calmar el dolor físico, sino que como ser humano, no puede mantenerse ajeno a ello? El dolor es la única causa que logra mover las entrañas y en ello, aparece el arte. Porque el arte no forma parte de la vida diaria, pero sí se alimenta de ella. Y sino, podemos pensar e imaginar varios por qués: ¿por qué los escritores han sido hombres entristecidos?; ¿por qué los médicos han dedicado tantas horas a la escritura?; ¿por qué la contemplación de los fenómenos más atroces de la humanidad han merecido los títulos y portadas de las mejores obras literarias?, ¿por qué nosotros lectores nos convertimos en voraces buscadores de tragedias humanas?; a esto, tan breve se podría agregar un extenso etcétera.

Bien, es verdad que el acto médico es siempre de interés literario; pero también es cierta la afirmación recíproca: *hay páginas literarias que equivalen a un acto médico.* No hay más que leer el fin de “Mme. Bovary” de Flaubert, para comprobarlo. Allí el autor hace sentir el horror de la muerte por envenenamiento de arsénico en una página que es memorable como escritura, pero cuya nítida precisión hace que ella también sea un notable ejemplo de descripción técnica de la agonía provocada por ese veneno.

Es cierto que Flaubert era hijo y nieto de médicos, pero también es cierto que él expresó que en algunos escritores se siente la carencia de un ángulo de mirada sobre el acaecer humano que los médicos, o que, al menos algunos médicos, poseen, y que es necesario a un escritor.
Hay también otro aspecto que vincula la medicina y la literatura y que tiene que ver con su presencia en la sociedad. Para ver esto mejor, hay que recordar la antigüedad, los tiempos en que un prestigio similar envolvía a ambos y los ensalzaba, destacando tanto en uno como en otro, tanto en el poeta como en el brujo, un similar del dominio sobre lo desconocido; aquel tiempo cuando eran casi lo mismo el poeta, el profeta y el mago.

Aún ahora tiene el médico, en su función social, un atributo de excepción: el de ser quien, delante de nosotros, nos dice, de nosotros mismos, lo que nosotros no sabemos. Es el que nos habla de hechos desconocidos que ocurren en nosotros, de procesos que nos hacen padecer y que acaso él podrá enmendar para que no padezcamos. Tal presencia en la vida cotidiana queda colmada de una investidura especial, de un poder que va más allá de su persona, y acaso aún de su voluntad.
Y aquí es forzoso evocar la figura de Goethe, quien recibió durante su juventud el influjo de muchas corrientes esotéricas de pensamiento, pero que luego fue incorporando progresivamente, los diferentes aportes del campo de las ciencias naturales, entonces en fermentación. Desde mi punto de vista no podemos dejar de señalar que en su obra más importante, el "Fausto" y en una de sus primeras páginas, la meditación del protagonista, que es un médico, parte de la evocación de las palabras del famoso primer aforismo del "Corpus hipocrático": "vita brevis, ars longa" (breve es la vida, largo el arte), y allí, la cita de Goethe.

Otro ejemplo magistral de esta relación de la que hablamos lo constituye "La guerra y la paz" de Tolstoy; del momento en que el príncipe Andrés, cae herido en medio de la batalla. Es un momento de extremo peligro, cuando al ver que el soldado que llevaba la bandera, cae herido, el príncipe se apodera de ella y avanza con su batallón, mientras ve cómo, cerca de él, luchan dos combatientes hasta que de pronto recibe un golpe y deja de verlos; está cayendo, no puede ver ya la pelea, pero sí ve de pronto, muy alto sobre su cabeza, "el cielo inmenso- dice Tolstoy- moteado de leves nubes"- y agrega- ¡Qué serenidad, que paz!" Ya no piensa en aquellos que luchaban, sino en eso que se le revela en el momento de caer herido, y todo lo que lo demás deja de tener importancia.
"¿Cómo no me había dado cuenta antes de esa profundidad sin límites? ¡Qué feliz soy de haberla visto al fin!" "Sí, excepto esto, todo es vacío y decepción. No existe sino la serenidad y el reposo"
Es uno de esos momentos en los que el narrador se hunde en el alma del personaje y pone en evidencia uno de esos estados de iluminación que trascienden las circunstancias, y todo ello merced a esa visión profunda que caracteriza a los grandes. A eso llamaba Flaubert "la mirada médica"; yo le llamo "la mirada por atrás".

Mónica Maud nació en 1962, en Santiago del Estero, Argentina. Es profesora de Castellano, Literatura y Latín. Sus primeros escritos fueron epístolas. Hoy se dedica al cuento, a la minificción y a la poesía. Tiene editado un libro de cuentos titulado "Yo, sacrílega"; que fue incorporado por el Dr. José Andrés Rivas, miembro correspondiente por Santiago de la Academia Argentina de Letras, en la currícula de "El cuento Santiagueño" y en la del Postítulo que se dicta en la Universidad Nacional de Santiago del Estero. Colabora con revistas digitales y está a cargo de un suplemento cultural de su provincia.

La fantasía en el panorama literario actual

Por José Ángel Muriel González

José Ángel Muriel González, nació en Sevilla, 4 de junio de 1972. Ha publicado **Ladrones de Atlántica** (2005), ***El talismán cósmico*** (2008), ***La guarida de los monstruos*** (2009), y ***La estela del Dragón*** (2010).

España es un país de contradicciones -al menos, en apariencia-, y una de las materias en la que se producen las paradojas más llamativas es el mundo de los libros. En nuestro país, se editan muchísimos libros todos los años; de hecho; España destaca mundialmente por tal motivo. Sin embargo, las estadísticas siguen indicando que, en general, se lee muy poco. Aunque el porcentaje de españoles lectores ha crecido en los últimos años. El Plan de Fomento de la Lectura 2004-2007 del Ministerio de Cultura asegura que en el segundo trimestre de 2007 se alcanzó un 58% frente al 52% en 2003.

Para colmo, muchos críticos afirman que hay más escritores que lectores. O, como mínimo, hay más personas escribiendo y queriendo publicar que gente leyendo. Es cierto que dicha sensación se experimenta ante la afición de contar historias que manifiesta gran parte del público que suele asistir a los actos literarios. Pero uno de los grandes dones concedidos a la Humanidad como especie es precisamente la creatividad. Aunque el tiempo no nos sobra, las circunstancias actuales nos permiten organizarlo un poco mejor en torno a nuestras aficiones, por lo que no debe extrañarnos que la gente lo aproveche intentando explotar esa facultad, da igual que sea escribiendo, dibujando, pintando o tocando un instrumento musical. La creatividad, al fin y al cabo, es el eje del progreso y la base de los avances en disciplinas muy diversas.

Lo que realmente extraña es el bajo nivel de lectura que coexiste con esta propensión a escribir. Parece obvio, por ejemplo, que la lectura sea el principal recurso de quienes escriben. No obstante, hay escritores con capacidad para narrar historias de bastante calidad que pueden leer al año a lo sumo unos quince o veinte libros. Entre la población, la regla es que ni siquiera se alcancen estas cifras.

Otra contradicción cada vez más palpable es la que provoca la diferencia de opiniones acerca de la literatura fantástica entre los escritores y los lectores. Generalmente, los lectores creen percibir que la literatura fantástica se encuentra en pleno auge y que se publican obras de este género cada vez con más frecuencia y en mayores cantidades. Es probable que la difusión de algunos títulos muy populares a través de diversos medios (en papel, en la televisión y en el cine) o las tendencias dentro de la literatura juvenil e infantil influyan a la hora de formarse esta impresión.

En cambio, los autores que se han dedicado a la literatura fantástica en las dos últimas décadas anuncian que el género se encuentra dentro de una crisis. El declive parece evidente incluso en los núcleos que habían apoyado tradicional e incondicionalmente la literatura fantástica, como, por ejemplo, el mercado francés. La tendencia parece extenderse a toda Europa y la situación ha llegado a tal punto que muchos de los escritores que solían empeñar todo su ingenio y talento en describirnos mundos imaginarios o contar invenciones de todo tipo han decidido seguir otros derroteros distintos y han enfocado sus próximos proyectos volcándose de lleno en géneros distintos.

Actualmente, solo unas cuantas editoriales se arriesgan a publicar obras que, sin pudor ni vergüenza, sino todo lo contrario, son clasificadas por sus autores dentro de la ciencia ficción, la fantasía o el terror, en su acepción más amplia. El resto de los editores prefieren colocar a los libros otras etiquetas, extravagantes y atractivas (casi siempre una composición en la que intervienen el término *thriller* y un adjetivo), para disimular su verdadera naturaleza. El objetivo es alcanzar a toda costa a cualquier tipo de lector y conseguir así convertir los libros en superventas. La fantasía, a fin de cuentas, se puede palpar dentro de muchas de las novedades de ficción expuestas en las librerías, pero parece abocada a no ser reconocida por quienes editan.

A esta situación tan complicada se suma el desequilibrio existente entre las intenciones de las editoriales y los criterios de los lectores, que no coinciden al catalogar las novelas que podrían pertenecer a la literatura fantástica. Se produce un conflicto de intereses entre editores y lectores. Y como el mercado de los libros es un negocio más, las grandes editoriales se dejan conducir por agresivas campañas de promoción y marcan tendencias cuando eluden llamar a las cosas por su nombre, como si lo fantástico fuera sinónimo de desprestigio o de una actitud inmadura por parte de quien la disfruta. Aplican una política indescifrable que, aparentemente, ha dejado de apostar por algunos de los autores españoles consagrados, una de las razones por las que han cambiado la orientación en los argumentos de sus nuevas obras.

Por su parte, los lectores, que tienen la última palabra y son quienes eligen lo que quieren leer, no se ponen de acuerdo al clasificar las obras. En realidad, los escritores tampoco, ya que existen tantas decisiones como gustos y cualquier cosa puede ser fantasía o, al contrario, no serlo. La pregunta sería: ¿por qué estas discrepancias afectan en tal medida a la literatura fantástica y, sin embargo, no tanto a otros géneros?

La fantasía está a la vuelta de la esquina. Es algo involuntario, casi instintivo. Nuestra mentalidad siempre ha albergado elementos fantásticos. Aunque nos creamos los seres más pragmáticos y realistas del planeta, resultamos ser los más soñadores e ilusos. Cuando somos niños, nos hacen creer en los Reyes Magos (o en Papá Noel), personajes que allanan impunemente nuestros hogares en invierno con la excusa de dejarnos regalos (a veces, carbón). Algunos pequeños confían en que el ratoncito Pérez se lleve sus dientes de leche a cambio de un pequeño obsequio. Otros, más traviesos, viven amenazados por el Cuarto de las Ratas, el Hombre del Saco o incluso el Momo (éste debe de ser el mismo demonio salido del averno o el asesino de *Viernes 13*). Si

dejamos a un lado la etapa de la adolescencia (sobra decir por qué calenturientas razones), cuando nos hacemos mayores, la imaginación convierte las ilusiones infantiles y el desbordamiento recreativo de la pubertad en deseos adultos. Desfogamos las emociones en fiestas como el Carnaval o buscamos la relajación espiritual en celebraciones religiosas que utilizan las imágenes para sustituir los antiguos placeres paganos asociados a los dioses. No es raro que soñemos despiertos que nos toca la lotería e imaginemos cómo nos gustaría gastarnos la cuantía del premio. O, sencillamente, a menudo pensamos cómo sería nuestro mundo ideal. Nos pasamos todo el año concibiendo planes relacionados directamente con la fantasía (nuestros objetivos, a veces inalcanzables). Sin embargo, nos cuesta admitirlo.

La imaginación y la fantasía son dos herramientas que hacen posible a las personas su evasión mental de la realidad, con frecuencia dura y difícil. Son armas para vencer la desazón y la angustia que nos produce la rutina cotidiana. Pero la mayor parte de la población no se percata de lo cerca que tiene la fantasía en su vida y reniega de ella. Aseguran con obstinación que no les gusta. Por eso, hasta cuando están leyendo un libro que contiene algo de fantasía (posiblemente le han engañado cuando lo ha comprado disfrazándolo con otra etiqueta), son incapaces de reconocerla.

Indudablemente, la fantasía es un motor para generar nuevos lectores. Por ese motivo, suele utilizarse para motivar la lectura entre los más jóvenes o se recomienda para aquellas personas que apenas leen. Esto se debe a que la literatura fantástica, además de conducir las reflexiones más realistas mediante los recursos de la ficción más pura, crea expectativas diferentes. Es habitual que el lector se enfrente a un libro del género con bastante tolerancia, sabiendo que va a encontrar aspectos que serían inconcebibles en otras condiciones. De hecho, es probable que sea lo que está buscando para escapar del mundo real y examinar los problemas desde otro punto de vista. Por tanto, es mucho más difícil que le decepcione un libro fantástico que un libro ceñido a la realidad y a sus dramas (salvo en el caso de la novela histórica, donde la invención del escritor se entremezcla con la maraña de un mundo que existió, que ha sido investigado y que pudo ser así según todos los indicios).

Tenemos obras magníficas que revitalizan la fantasía y además la incrustan en nuestra Historia. Basta recordar títulos como "*Juglar*", de Rafael Marín, "*Señores del Olimpo*", de Javier Negrete, o "*Rihla*", de Juan Miguel Aguilera, que cuentan las hazañas legendarias del Cid, los conflictos de los dioses mitológicos de nuestras raíces clásicas y el descubrimiento del Nuevo Mundo, respectivamente, desde perspectivas nuevas y distintas. Efectivamente, basta recordar títulos como estos para darse cuenta de que podemos alardear de grandes firmas dentro del género, cuyas mentes son capaces de concebir aventuras fascinantes.

Se trata de autores que tienen un estilo propio pero no dejan de probar nuevas ideas para aportar originalidad al género. Al mismo tiempo, escriben libros que resultan accesibles a cualquier lector, independientemente de su grado de querencia por lo fantástico. Son libros al alcance de cualquiera que quiera entretenerse y, a la vez, aprender un poco del mundo pasado, presente o futuro.

Pero hay muchos otros escritores que también utilizan la fantasía en sus obras, aunque, una vez publicadas, queden catalogadas de otra manera. Encontraremos la fantasía en los lugares más inesperados: en medio de una tragedia o una comedia, en la investigación de un detective, en el realismo mágico, en la historia de un desconocido o en las memorias noveladas de alguien famoso. Los personajes tienen pesadillas o creen tenerlas, ven fantasmas o creen verlos, tienen alucinaciones o sufren espejismos, resuelven un enigma imposible o adivinan una contraseña de ordenador, atrapan al ladrón o saltan de una azotea a otra sin caer al vacío, consiguen enamorar felizmente a la persona deseada o persuadir de su inocencia a quienes les acusan, etc.

En conclusión, la realidad no está tan lejos de la fantasía, ni en la literatura ni en la vida. Como pasa con todo, la solución radica en aceptar la autenticidad de nuestros sentimientos y tender puentes.

ESCRITORES Y NARANJAS

Por Francisco Legaz

Francisco Legaz nació en Madrid, y es autor de siete novelas.Actualmente dirige y presenta el programa de radio "El bosque de las palabras" dedicado al mundo de la literatura, que se emite en directo todos los martes desde Radio Morata, y que ha obtenido el premio al mejor programa cultural del año 2008, como auténtico ejemplo de la integración de la cultura y el entretenimiento.

La política, el libre mercado, la globalización, la democracia; son estos algunos de los caracteres que están incluidos en la idea de lo que se ha dado en llamar cultura; nuestra cultura. Una cultura basada, por desgracia fundamentalmente, en el dinero; el comercio. Una cultura en la que cosas como el trabajo o la tierra, han pasado a ser mercancías al uso. Mercancías que nunca antes lo habían sido; incluso el dinero también lo es. También se compra y se vende el dinero. Recuerdo que cuando escuché esto por primera vez, tardé mucho tiempo en entenderlo. Ahora lo veo claro. El dinero tiene un precio que es el interés; así de simple. La literatura entra a formar parte de todo este mercado con su propia fuerza. La literatura también se compra y se vende; es otro valor de mercado, otra mercancía. Y así las editoriales, compran literatura o invierten en ella para venderla posteriormente, con la esperanza de obtener un beneficio; una plusvalía. Por lo tanto sería ideal tener una editorial que produjera sus propias obras, maximizando así las ganancias, al prescindir de los autores o productores. Esto ya es un hecho; ya existe. Muchas editoriales compran con antelación, incluso antes de la propia creación y por encargo previo, las obras que van a vender posteriormente y aún de forma más eficaz tienen contratados a sus propios escritores que realizan las tareas propias de este oficio a precios fijos que no dependen de la valía de la obra o de su calidad intrínseca, ya que escriben atendiendo a la supuesta demanda social de este o de aquel tipo de texto, según van dictando los especialistas en marketing o ventas. Por lo tanto, las editoriales, se han convertido en máquinas productoras de cultura; auténticas factorías del saber. La producen, la empaquetan y la venden, creando y atendiendo las necesidades previamente diseñadas, que se ajustan a sus criterios de calidad. Me recuerda esto un poco a un curioso fraude detectado, según el cual, cierto laboratorio farmacéutico se inventó una enfermedad inexistente, difundiendo en los medios sus evidentes síntomas, y claro está, fabricaba y vendía el fármaco que, milagrosamente, curaba esa supuesta enfermedad. El laboratorio creaba la enfermedad, difundía los síntomas, producía los enfermos, comercializaba el fármaco milagroso, y a su vez los pacientes supuestos, eran consumidores ciegos del remedio para su mal. El círculo, como ocurre en las grandes editoriales, queda cerrado perfectamente. Una auténtica maravilla.

"Debido a la manipulación de los precios en origen, por parte de las grandes empresas de la fruta de EEUU, las naranjas se pudren en los árboles mientras la gente se muere de hambre sin ni siquiera poder comerse la fruta podrida". Lo dijo John Steinbeck nada menos que en 1.939, en su apoteósico *Las uvas de la ira*. Cambiemos naranjas por novelas; el resultado es el mismo. Pero los naranjos, cada temporada, siguen dando sus frutos, sin importarles para nada, el precio que marque nadie. Los

escritores seguimos escribiendo. Unos años damos frutos de más calidad, otros de menos, pero la fruta sigue ahí, esperando ser consumida; esperando su paladar correspondiente; a veces se pudre en el árbol. La cultura sigue su curso; es de suponer o se le supone. Aunque también la idea de cultura está sometida a todo esto. Si quieres poner nervioso a un antropólogo nómbrasela. No hay término más confuso que el de "cultura". Sin embargo es una palabra que tiene penetración psicológica. Todo el mundo es capaz de entender, o cree entender lo que significa cultura. Tenemos nuestra cultura; pertenecemos a esta o a aquella cultura. La cultura se empezó a estudiar como concepto hace más de un siglo. Al principio se enfocó la atención en los pueblos antiguos, a los que se les suponía virginales en el sentido de que no habían tenido contacto con occidente o con la civilización; otro término parecido al de cultura. Pero pronto todos estos pueblos fueron desapareciendo, sobre todo desde que Europa decidió extender su mano para tomar sus riquezas. Fueron desapareciendo o bien literalmente como en muchos casos, o bien integrándose en la nueva "cultura" que pretendía colonizarlos, de forma que hoy, el objeto de todos aquellos estudios culturales antropológicos ha desaparecido. Así ocurre que, hablar de cultura local o nacional, tiene cada vez menos sentido, ya que asistimos al proceso de la globalización, que parece que es lo contrario de lo que significa más o menos el de cultura. La globalización devora todo lo que encuentra a su paso. "Hubo un tiempo en que estábamos bien. Hubo un tiempo en que estábamos en la tierra y teníamos unos límites. Los viejos morían, y nacían los pequeños y éramos siempre una cosa". También lo dice Steinbeck en "Las uvas de la ira", pero ese tiempo ya pasó… Borges, lo dice aún más claro. "le tocaron como a todos malos tiempos en los que vivir". Será la condición humana que es así de depresiva y triste. Siempre, a todos, nos tocan malos tiempos.

Por todo esto, me gustaría intentar transmitir el valor de la literatura como auténtica medicina contra todos estos trastornos, como fuerza liberadora para la mente humana que necesita, porque es necesaria, una puerta por la que escapar; un lugar en donde sentirse relajado sin la presión constante de la propia vida; un lugar en donde el escándalo ruidoso de la realidad feroz e inhumana de crueles guerras, e interminables conflictos, ruinas y pobrezas abismales y antiguas no se escucha. Sentados frente a un libro, en silencio, solo escuchamos lo que el autor nos cuenta y sobre todo, lo que nuestros sentimientos y nuestra imaginación quieren dictarnos. A través de la literatura el individual microcosmos se expande y se convierte en un macrocosmos inmenso, capaz de llegar a todos los rincones; a cualquier rincón por oscuro y siniestro que sea. El cerebro humano tiene un problema, y es que es capaz de imaginar muchísimas más cosas de las que en realidad puede llevar a cabo física o realmente. La literatura soluciona en parte este gran fallo en nuestro diseño, esta frustración, abriéndonos de par en par la puerta de la imaginación, dejando así que entre el aire fresco de otras realidades.

En la última escena de *Las uvas de la ira* es muy fácil sentir un escalofrío. Un hombre se está muriendo literalmente de hambre. Una mujer decide amamantarle en su pecho como si fuese un recién nacido. Son campesinos que, por la codicia de las grandes empresas, la crueldad del mercado y por otras muchas razones que se pueden incluir en el maravilloso principio humano del etcétera, se ven arrancados de la madre tierra que les alimentó durante muchas generaciones. Y expulsados de sus lugares de origen, buscan desesperados la tierra prometida sin encontrarla.

Me gusta recordar la escena en la que un tractor de la nueva empresa propietaria de los terrenos, rompe con absoluto desprecio una esquina de la casa de los campesinos, con tal de no variar ni un milímetro la perfecta línea recta del surco de los nuevos cultivos de algodón. No hay propietarios. El conductor del tractor es otro asalariado muerto también de hambre. No hay sindicatos a los que pedir auxilio, no hay nadie a quien matar para vengarse, dice el campesino.

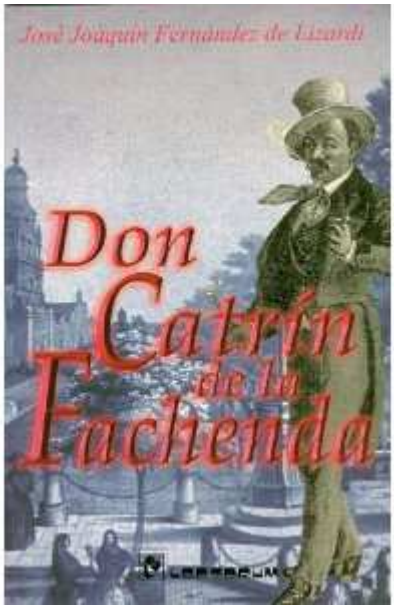
Terminar diciendo que no me importa que la apisonadora aplaste mi casa. La puerta de la casa de mi imaginación está permanentemente abierta, y por ella me escapo cuando quiero; cuando puedo.

Gracias de corazón a los que abrieron mis ojos a este mundo maravilloso de la literatura.

Estudios de literatura americohispana

UNA JOYA DE LA LITERATURA PICARESCA HISPANA: *DON CATRÍN DE LA FACHENDA*, DE JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Sebastián alfeo



La novela *Don Catrín de la Fachenda* **(1)** presenta una galería de tipos representativos de las clases sociales del México colonial en trance a la Independencia.

Para entender la compleja perspectiva crítica de la obra, he de referirme a la **época** en que fue escrita la novela (entre los años 1816-1820), la cual se corresponde con la sociedad que presenta la narración; a la **ideología** liberal del autor, José Joaquín Fernández de Lizardi; y, por fin, al **tipo literario** a que pertenece la novela, mezcla de picaresca, sátira moral y didáctica, con el doble o triple juego paródico que se establece entre el autor del libro y narrador oculto (Lizardi), el narrador principal autobiográfico (don Catrín) y el recopilador y autor de los paratextos (notas marginales y capítulo final), don Cándido.

Me ocuparé, en primer lugar, del tipo del catrín porque es, a la luz de este personaje (sujeto y autor narrativo) como se presentan las clases sociales y los otros tipos de la novela; advirtiendo, de antemano, que sus juicios están entreverados por la perspectiva del autor oculto y aun son contrastados por un personaje explícito en la obra: el practicante don Cándido.

Un juego de distanciamiento y de ambigüedad envuelve la perspectiva del autor oculto sobre los tipos que satiriza, incluido el propio personaje del catrín, quien, como en la novela picaresca española, nos conduce en la narración, autobiográfica (a través de lo que Francisco Rico ha llamado "unilateralidad del punto de vista de la novela picaresca") a una visión del mundo propia; pero no tanto "propia personal" como del tipo del catrín al que aspira a pertenecer el personaje, el cual se ve siempre defraudado en sus aspiraciones "ideales".

Este retirarse el autor del libro detrás de la perspectiva del personaje veremos que no es completa, tiene fisuras que se inscriben implícitamente en la ironía, y explícitamente en las intervenciones, a veces torpes y confusas, otras veces sensatas, de don Cándido: por lo que esta máscara también forma parte de la ocultación/presentación de la perspectiva del autor de la obra.

Es en aquella aspiración constantemente defraudada del personaje humano, que intenta elevarse al ideal del tipo catrinesco (como en otro orden de personaje, Alonso Quijada aspira –contra todo fracaso del ideal- en la novela de Cervantes, a ser el caballero ideal don Quijote) donde se encuentra, sobre todo, en mi opinión, la fuerza de la ironía de la novela (novela de personaje

haciéndose) y la presencia mayor de la ruptura que la ironía (contraste entre la realidad y el ideal en el personaje) establece en el discurso unilateral del pícaro catrín.

De forma compleja, lo que en principio parece una simple narración picaresca teñida de parodia, se convierte, por asimilación al modelo cervantino de la ironía, en un relato abierto, difícil de encajar en los cánones literarios al uso. Constato, de pasada, la analogía entre el final del caballero andante don Quijote y el final del catrín en la novela de Lizardi: ambas narraciones acaban con la muerte del personaje, con un remedo de arrepentimiento de sus errores o locuras pasadas (en uno, de caballero andante; en el otro, de catrín, falso noble holgazán), y, al cabo, en cambio, concluyen ambas con una defensa de la liberalidad y nobleza de su ideal, que, en el personaje cervantino deriva "a lo pastoril", y en el personaje mexicano, a la reafirmación de su ideal catrinesco en lo que tiene de nobleza, liberalidad, no plebeyez ni intolerancia oscurantista; además, dicha afirmación es sustentada desde la perspectiva del propio don Catrín y, de forma ambigua, por el practicante don Cándido.

Desde el personaje de don Catrín: en el cap. XIV de la novela de Lizardi, y último de la autobiografía, al afirmar el protagonista (en trance de muerte, y reducido al infierno de la miseria y la enfermedad tanto como a un cierto temor de conciencia por el recuerdo de la prédica moral de su tío), que "*mi espíritu disfruta de una calma y de una paz imperturbable"* (*"la paz de los pecadores es pésima…"*, apostilla, moralizando irónicamente, la nota de don Cándido). Por tanto, el personaje muere en consonancia con la manera como ha vivido, o, por mejor decir, muere en paz con lo noble de su ideal, tal como lo ha presentado y defendido en el cap. VIII en la "disputa con un viejo".
Dejo de lado el comentario ulterior, una tercera vuelta de tuerca de la ironía, propia de Lizardi como autor oculto, sobre la locura de tal sentimiento noble; una nobleza mal entendida, que enraíza con el prejuicio de las clases altas españolas, y por asimilación coloniales y criollas, hacia el trabajo y la industria.

El catrín lleva a gala haber tenido éxito, sobre todo, en una vida sin trabajo, a pesar de sufrir todos los avatares de la suerte; incluso estima la condición de mendigo sobre la de trabajador (cf. cap. XII. *"Gran vida me pasaba con mi oficio…"* (de mendigo). "*Os aseguro, amigos, que no envidiaba el mejor destino, pues consideraba que en el más ventajoso se trabaja algo para tener dinero, y en éste se consigue la plata sin trabajar; que fue siempre el fin a que yo aspiré desde muchacho").* Frente a este ideal de pereza –que es, en el fondo, un prejuicio de casta; como dice don Catrín, en otro lugar de la novela, "trabajar es de gente ordinaria"- el citado *viejo* de la disputa del cap. VIII, denuncia la locura de dicho proyecto vital, enfrentándole al catrín el "Espíritu de la Verdad": la frase de San Pablo "el que no trabaje que no coma", que tan mal se aviene con otras citas evangélicas, con otras palabras del propio Jesucristo que alientan a no preocuparse por el mañana, y a confiar en Dios como los pajarillos y los lirios del campo: interpretación "protestante" de San Pablo, la que esgrime el viejo, oponiendo el espíritu del trabajo a la no valoración, por el mundo católico(en que halla su sitio el catrín) de la energía, la previsión y la industria humanas.

Afirmación de lo positivo del ideal catrinesco también desde la *Conclusión* del practicante don Cándido, que entre sus palabras de censura y descrédito del héroe catrinesco y de su vanidoso discurso, desliza éstas otras sobre el que pocas líneas antes ha llamado "el pobre don Catrín": *"sus hechos son el testimonio más seguro de su gran talento, fina educación y arreglada conducta".* ¿Una parodia –sólo- de un elogio fúnebre? De nuevo, enfrentamos la ambigüedad que se deriva de la compleja lectura sobre el personaje de don Catrín y sobre el tipo humano y social que representa: el catrín, mezcla de pícaro, tunante, noble, libertino, holgazán, delincuente y personaje marginal de la "busca" en la contradictoria sociedad de las apariencias que era la sociedad colonial de Nueva España; una "nueva" España que pretendía eternizarse, en suelo americano, con los mismos ideales inmutables y las mismas contradicciones sociales, a la sazón (principios del siglo XIX) agrandadas

por la urgencia de adaptarse a la Modernidad y a las nuevas condiciones de la libertad y del progreso capitalista industrial.

Ensayo "mi conclusión". El personaje de don Catrín, desde mi punto de vista, representa, para su autor, los males de la sociedad tradicional hispana, que intentó inmovilizarse en su sueño intrahistórico de un ideal de nobleza incompatible con el espíritu de la Modernidad.

En este sentido, la crítica de Lizardi (salto ahora a la perspectiva de fondo del autor de la novela) es demoledora, en la línea de la sátira emprendida por Cadalso en las *Cartas marruecas* contra la nobleza hereditaria holgazana (también ahí los jóvenes aristócratas están pagados de su ignorancia y desprecio al trabajo, y apuntan rasgos de chulería plebeya, pese a su proclamada distinción, codeándose con la porción bohemia del pueblo, adoptando el papel de *señoritos*).

Mas, por otra parte, la novela *Don Catrín* entona un canto de cisne de ese mundo hispánico anclado en el siglo XVII, anacrónico ya desde la sociedad de principios del XIX. Y, con el treno de despedida por ese falso y hasta cierto punto entrañable teatro de títeres, entona también la novela una elegía del catrín (quizá, el personaje más simpático, desde el punto de vista moderno, de esa sociedad intolerante y oscurantista); una elegía entremezclada, o presentada como palinodia, por el personaje más misterioso, el "tercer hombre" de la ironía, es decir, don Cándido. Éste se aproxima al protagonista, desde la piedad o desde la simpatía; y desde luego, desde una reflexión, propia de un ciudadano sensato (cf. la "Conclusión") que, si no exculpa a Don Catrín, en parte lo justifica. Pone la causa de su insania moral en la mala educación: la recibida por parte de unos padres consentidores, relajados, en los que don Cándido, como de pasada, carga la tinta de la condena, en un párrafo donde encuentro el tono más "serio" de la narración, y que acaba en una frase condenatoria terrible (que me resulta llamativa en el marco general de la obra, a la luz de la parodia del catrín, y que, incluso va mucho más allá, creo que la novela picaresca española, y aun que la novela didáctica y de crítica de costumbres deciochesca tanto española como francesa) : "*ellos criaron un hijo ingrato, un ciudadano inútil, un hombre pernicioso y tal vez a esta hora un infeliz precito*; **pero ellos también habrán pagado su indolencia donde estará don Catrín pagando su relajación escandalosa".**

En un tono incluso más acerado y libre que el de *El sí de las niñas*, de Leandro Fernández de Moratín, que denuncia la hipocresía de la educación de los padres y la superstición de la religión católica adherida a lo más externo del carácter; más, incluso, que la sátira de Voltaire, en *Cándido*, a la educación jesuítica; la crítica que proyecta la novela de Lizardi sobre la educación, es decir sobre la carencia de educación, se potencia más allá de la referencia textual a los "padres" indolentes de don Catrín, y se abre en dos perspectivas: una, actual (que hace vivísima la novela de Lizardi; sobre la cual es obvio que no puedo aquí profundizar), y otra, sobre los otros "padres", metaforizados por los "padres" del protagonista: es decir, la Iglesia Católica y su ascendencia moral y educativa sobre la sociedad colonial de México.

Es evidente que aquí "topamos" con, por un lado, la censura, por otro, con la ideología profunda liberal del autor. Lizardi satiriza la enseñanza escolástica recibida por el protagonista, en los primeros capítulos de la novela (donde nos presenta, de paso, el tipo de maestro rutinario y el del estudiante alegre). Denuncia, en tono burlesco, dicha enseñanza inútil y desfasada, como había hecho, pero en tono filosófico, Feijoo
en su "Teatro crítico" (por cierto, uno de los libros de la biblioteca del catrín, junto con el *Quijote,* cf. cap. II, ¡curioso catrín ilustrado en los espíritus más finos españoles!).

Pero Lizardi no manda al infierno a los **clérigos** responsables de dicha deformación, aunque da a entender su desprecio de esa escolástica española, suarista, implantada en América, fuera ya de tiempo. Y, más profundamente, si no nos da Lizardi la conclusión condenatoria (como,

metafóricamente, sí lo hace don Cándido), toda su novela lo dice: pues el carácter del personaje se ha moldeado en sus primeros estudios, a fuerza de aprender a ergotizar, a argumentar dialécticamente y a retorcer y sutilizar argumentos, y en ello ha encontrado un filón de aplausos a su vanidad, lo que expone de forma humorística la novela en los episodios en que el joven catrín silogiza sobre el animal o cosa llamado ente de razón, o en aquellos pasajes en que inventa, entre ingenioso e ignorante, una traducción graciosa de una frase latina.

Sobre la ausencia de educación familiar, que estimula el egoísmo fácil del protagonista, su falta de un sentido colectivo tanto como de un propósito individual útil, y que sólo dispone para el medro dentro de los esquemas de las apariencias del honor (en relación con tres instancias, que analizaré luego en su proyección en la estructura social, y a la vez siguiendo el orden decreciente de importancia para el ideal del tipo catrinesco al que aspira el protagonista). Sobre aquellas apariencias se "edifica" una "educación a lo noble", postiza, sofística, pero que promete asimilarse a la nobleza social, aunque está desvinculada de cualquier valor profundo. El catrín es producto de educación, que le permite distinguirse del vulgo vil, trabajador o marginal (pues incluso el catrín entre los golfos se las da de "caballero").

A la crítica a la Iglesia le sucede una crítica de fondo a la **clase de la nobleza**, en cuyos modos vanos (no en su valor de antaño) se cifra esa educación del catrín preparado, desde muy joven, por la pedagogía escolástica, para habérselas bien en la gran educación de la vida.

Tres instancias miden la escuela del honor y clasifican, a su vez, el orden social, tocando a todas las clases sociales.

a) **Los títulos nobiliarios**. Símbolos de la mayor pureza de casta, del derecho de señorío y de proscripción del trabajo, ajeno al status aristocrático. Títulos y escrituras que don Catrín siempre lleva consigo, en la novela, aun cuando ha sido reducido a la miseria y no tiene para comer ni vestir. (¡Aun a la prisión del Morro de la Habana!, donde los exhibe ante el alcalde el catrín convertido en ladrón convicto).

b) El propio **vestido** y ornato, el "hábito" del catrín, que debe anunciar su condición no plebeya; como era usual en la España medieval y aun en los siglos de Oro: el hábito identifica y clasifica al individuo en una clase social.

Don Catrín, mendigo de día, se vuelve a poner el hábito de catrín para ir al café de noche.

En el siglo XVIII, tas la eclosión de la "moda", del *petit maître* o vanidoso a la francesa, espécimen adaptado por la España borbónica en la figura del petimetre a la moda, satirizado por Cadalso en los subtipos del erudito y del militar a la violeta (expresión usada en la novela, y subtipos también presentes en distintos episodios de la vida del catrín); nos encontramos con el puro simbolismo del hábito, al que se agarra el protagonista, como una seña de identidad del tipo ideal al que quiere imitar, y del cual siempre recoge los males.

En esta frustración se puede intuir un sentimiento de impotencia, en ese momento histórico, de la clase social mestiza de Nueva España, representada por el catrín, advenediza frente a la clase española de rancio abolengo que detentaba la jerarquía social. La novela proyecta, en un plano cultural, estos conflictos de sangre y de aspiración al poder, que no son ajenos al surgimiento de una aristocracia criolla que reproducirá, en el siglo XIX, la estructura social desequilibrada de las nuevas naciones hispanoamericanas.

c) La tercera instancia de las apariencias del honor, es el **dinero.** Es una preocupación constante del protagonista, pero no es la principal, frente a las dos anteriores. "Con dinero, o sin dinero", como dice el corrido, "hago siempre lo que quiero". La novela, es obvio, como toda gran obra de creación, expurga y percute en el subconsciente colectivo

de un pueblo, o de una clase social, a cuya frustración se pueden ligar otros tipos de otras clases sociales, que aun repudiando al héroe villano, al catrín, admiran su franqueza y el lado dulce de su ideal.

Me he centrado en el personaje del catrín, al ser éste el eje visual de la novela, intentando desentrañas las perspectivas –tanto desde lo literario como desde lo ideológico, en que, a través de este tipo, se presenta la sociedad colonial en la novela, en un momento histórico en que, desde 1812, el liberalismo de las Cortes de Cádiz venía impulsando en México una necesidad de sacudir la inercia absolutista y los esquemas de la sociedad hispana anquilosados, y en que se hizo evidente la ruptura entre el "sueño" de unos valores, anacrónicos ya, y las demandas de la Modernidad: ruptura que tiene su mejor exponente literario, en la novela, en la ruptura irónica, como he dicho, entre el ideal y la realidad del personaje catrinesco).

El personaje de don Catrín, donde el antiguo señorío del noble hispano deviene –o degenera- en señoritismo apicarado, y por último, simplemente, en golfería (por otro lado, tan entrañable, el tipo del golfo en la literatura española, hasta casi nuestros días; cf. la literatura de Francisco Umbral), no representa a todo el pueblo, pero sí, en cierta forma, lo popular, en su aspecto sublimado. (En relación con lo que he dicho sobre la frustración y el dinero). En suma, en la sociedad moderna, mercantil, donde todo se cambia y se clasifica por el dinero, los ideales, la nobleza, la moral de los señores y de
la Iglesia quedan volatilizados (a pesar de que, en la novela, el alcaide de la prisión cubana donde está encerrado don Catrín, ante las protestas señoriles de éste, le recuerde:
"La nobleza se acredita con buena conducta mejor que con papeles", cf. cap. XI).

Un ataque directo de Lizardi a la nobleza no hubiera sido posible tampoco, como el ataque frontal a la Iglesia. El ataque, en la novela, se produce fuera de México (así pues, el alcaide es como otros personajes, como Modesto, una perspectiva implícita más que oculta la del autor, como lo es don Cándido de forma explícita; la cualidad perspectivística de la novela es muy compleja…). Se produce dicho ataque en un país, Cuba, donde la conciencia criolla liberal estaría más avanzada, quizá, pues no tengo datos sobre esto; o quizá, fuera un recurso literario del autor para zafarse de la censura de México, que desde la vuelta al absolutismo fernandino había forzado al "Pensador mexicano" a abandonar el periodista y a dedicarse, desde 1815 a a1920, a componer novelas, un género más intrascendente por entonces.

En cualquier caso, tras el catrín, como tipo popular, no exento de un aire saleroso, se perfilan en la novela los tipos más castigados por la injusticia social: un **mundo de criados, porteros** (que, como el Lazarillo de Tormes, se apiadan del joven catrín, hijo de la desgracia, en cuya casa habían antes servido). Estos personajes humildes son los que le ofrecen un recurso al protagonista, un pobre trabajo para sobrevivir y que éste rechaza muy dignamente.

Otros personajes populares: los **caseros** y caseras, algunos de ellos, sobre todo ellas, no sólo exigentes con el cobro del alquiler, sino "madres" para el protagonista.

Y, junto a este lado humilde, el **mundo marginal** –ladrones, jugadores, prostitutas, alcahuetas y proxenetas, - que en general componen el ambiente de la "busca" que, pese a sus pretensiones, siempre rodea a don Catrín.

En ese ambiente se desenvuelven también **los militares** a la violeta, los jóvenes libertinos, y en una aleación ambigua, los representantes de los nuevos valores, los jóvenes críticos, descreídos de las viejas sentencias, cínicos o catrines perfectos, los liberales al lado de los bebedores y de los **vividores.** Esa ambigüedad y confluencia de nuevo espíritu crítico y de cinismo que aprovecha los últimos sombrajos de las apariencias sociales para medra, o darse la *videta,* se cifra la "ética"

confusa de un juventud perdida, libertina y a la vez astutamente conservadora, para su provecho. Su símbolo, en la novela, es el magnífico *Decálogo de Maquiavelo* (cf. cap. IX). Sobre todo, el cuarto mandamiento – "*Aulla con los lobos. (Esto es, acomódate a seguir el carácter que te convenga, aunque sea en lo más criminal")*- es el que consagra al catrín, y por ello el protagonista de la novela se propone seguirlo sobre todos los demás.

Frente a estos mundos populares, hay un mundo de salones aristocráticos, de nobleza de abolengo, donde citan estupendamente las Sagradas Escrituras y se dan lecciones de alta moral: hipócrita en un mundo donde el dinero es la medida de todo, y donde las clases humildes más virtuosas sufren la penalidad económica y el trabajo servil. (A este lector le resulta simpática la escena en que don Catrín es expulsado de unos de esos salones, por mostrarse con franqueza. Su amigo, el perfecto catrín, ayuda a los criados del señor a echarlo a la calle. Si no fuera por algún punto de chulería del personaje, aquí habría ganado toda nuestra simpatía. La escena lo muestra como un aspirante a catrín que es siempre vencido por sí mismo, no sé decir si por su estupidez propia o su noble franqueza).

Entre esos mundos, alto y noble, bajo y honrado o cínico, está el café. El café es el sitio propio del catrín. El café, también, es un mundo distinto al diurno, distinto al mundo de la nobleza y del trabajador. Es un espacio adonde el protagonista ingresa de noche, y adonde dirige el lado oscuro de su deseo, después de intentar ascender (en vano) en el lado diurno noble y de resistir (con éxito) al lado diurno vil (trabajo) a pesar de sus miserias. El catrín huye de lo vil diurno para refugiarse en la vileza nocturna, y de este modo, fantásticamente, asimilarse al mundo noble prohibido, no sin cierto sentimiento de venganza y resentimiento ante los valores –hipócritas- de ese mundo aristocrático que lo rechaza. **(2)**

NOTAS

(1) La edición de la novela que he manejado es la de la Editorial Porrúa, México, 1996. "*Don Catrín de la Fachenda y Noches tristes y día alegre".*

***(*2)** Para apreciar esta conclusión debería profundizar más en el eje axiológico de la obra, sustentado en los campos *diurno/nocturno;* el polo diurno, a su vez, se diversifica en diurno-noble/diurno-vil. Este polo está perfilado claramente en la novela. En cambio, la dicotomía del lado nocturno, no está muy clara (o yo no llego a apreciarla): noble y vil se mezclan, aunque predomina lo vil. El mundo deciochesco y canalla del café, centro de las ideas liberales como de la bohemia, está empezando a perfilarse como nuevo valor de nobleza. Pero este valor de nobleza emergente no está muy explicitado en la novela, donde parece, a veces, triunfar lo nuevo bajo la apariencia de una moralización de la vieja savia, es decir, como advertencia de que se han olvidado las viejas esencias morales hispánicas, depositarias de la verdad moral auténtica. A veces, en cambio, parece que el autor utiliza este recurso a la moral de los mayores prostituida o falseada por los tiempos presentes. Como hizo Quevedo (en serio) en la *Epístola al conde-duque de Olivares*, y como a veces, de forma paródica, hace *El Quijote*, libro en el que encuentro muchas afinidades y perplejidades en común con *Don Catrín.*

Sebastián Alfeo es crítico literario y poeta. Incluido en la antología *Cosas que quedaron en la sombra*, de Fulgencio Martínez (Nausícaä, Murcia, 2006).

BIBLIOTHECA GRAMMATICA

POESÍA

La palabra como imagen

Rubén Martín Díaz: *El minuto interior*, Madrid, Rialp, 2010.
Col. Adonáis. **Premio Adonáis 2009.** 66 págs.

Cuando hablamos de la *mirada* del artista, generalmente nos referimos a la pintura o a la fotografía, es decir, a la perspectiva, a una manera personal de *ver*. En este sentido parece apuntar también la Estética clásica, partiendo del primer tratado de este saber, la *Estética* (1758) de A. G. Baumgarten. La Estética nacía así como una teoría de la percepción, con la vista como instrumento principal, tanto para el creador como para el espectador. No obstante, la poesía ha sabido también jugar con la imagen, transformando nuestra percepción del mundo, deteniéndose en detalles que pasamos por alto habitualmente, o creando imágenes nuevas y sorprendentes.

En esta línea poética, donde la mirada ocupa el centro mismo de la creación del texto, cabe inscribir este *minuto interior* de Rubén Martín Díaz (Albacete, 1980), Premio Adonáis 2009. Al recorrer sus páginas asistimos a paisajes de diferente naturaleza, interiores y exteriores.

El libro arranca con un poema, "Manantial de luz", que supone ya toda una declaración de intenciones: *…Así es la luz que brota de la sombra: / prende el aire y revela / una primera imagen de este día; / es el gesto caduco del albor / que traza garabatos en la bruma insondable…* La escritura está presente ya en unos elementos naturales en torno a los cuales Rubén Martín articula su libro, creando un cosmos propio, ofreciéndonos su mirada particular. Esta mirada del poeta construye con palabras su mundo interior, que pasa a nosotros para ser nuestro, para que con sus versos construyamos una mirada retrospectiva que nos haga ver también el mundo con ojos nuevos.

La tierra de La Mancha, el mar o el cielo, el vuelo de los pájaros o el paso de las estaciones (a veces en transición, como en el poema "Un día de finales de otoño") se constituyen en un escenario vivo, por vivido; en imágenes que pasan ante nuestros ojos, mediante una evocación que no sólo las refleja sino que las trasciende. Es por esto que la visión del poeta pasa a ser la nuestra. Rehuye cualquier posibilidad de costumbrismo o localismo para hacernos partícipes de un mundo propio que es el nuestro, que ya es nuestro conforme avanzamos en la lectura, porque en el fondo

estamos hablando de una lectura de acontecimientos (más o menos cotidianos) que, al convertirse en materia poética, adquieren el valor de lo eterno, de aquello que forma parte de nosotros y que se manifiestan en las palabras ajenas de estos poemas. Descubrimos así la profunda armonía del mundo y la del mundo con el ser humano (el poema "Armonía" resulta muy significativo), a través de una poesía que se aleja de los retoricismos vacíos (¿qué otro modo habría para hacerlo?), que busca en sus ritmos pausados el ritmo mismo de la reflexión que se nos ofrece a lo largo de estos poemas. Así, en el poema central del libro, que le da título, se afirma:

> …Necesito escuchar mi propio pulso
> como si fuera mío de verdad,
> vivir este minuto prodigioso,
> este tiempo interior en la quietud,
> donde todo respira a través de mi cuerpo…

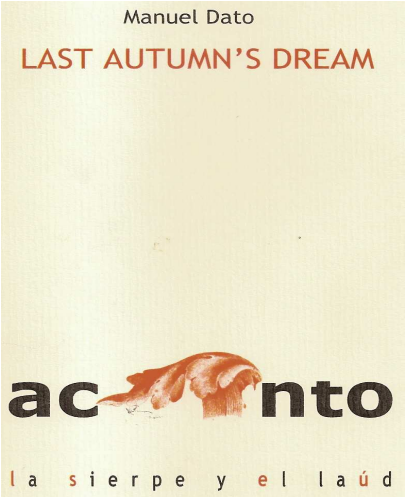
Ese minuto es el de la reflexión y el de la manifestación en forma de lenguaje de todo un cosmos, donde el mundo exterior y el interior se funden y se identifican, como en la poesía de Claudio Rodríguez. Porque este libro es también una ebriedad de la luz y la palabra, una ebriedad del ser que abre su lenguaje a la fascinación de un mundo en continuo cambio, que se transforma por el lenguaje, por la fascinación de un lenguaje que es incapaz de manifestar al ser y se convierte en imagen pura, en imagen del amor (como en el poema "Nocturno") como esencia misma del ser humano, y en imagen de lo variable y eterno.

La poesía de Rubén Martín Díaz posee la luminosidad de un lenguaje trazado desde la sencillez de quien ha convertido en palabra el descubrimiento del mundo. Por eso no resulta extraño que el último poema del libro tenga por título "El último relumbre" y suponga, en definitiva, la última manifestación de la luz que inunda cada página:

> …La claridad es nuestra, tú lo sabes,
> está en nosotros y no entre las cosas.
> ¿Qué importa entonces esta extraña paz,
> este breve descanso que da el sueño?
> Mañana el día romperá de pronto,
> con un sol inclinado hacia nosotros,
> y sabrá iluminarnos con su luz.

Luis Martínez-Falero

LAST AUTUMN'S DREAM



MANUEL DATO
Colección Acanto, nº 1
Edita LA SIERPE Y EL LAÚD(Cieza, Murcia)

Yo no sé por qué el autor, Manuel Dato, le da un título en inglés a su poemario, "*Last autumn's dream*", "El último sueño de otoño". El caso es que suena bien, *"last otomns drim",* y su fonética nos introduce en un mundo melancólico e intimista que el poeta recrea con sus versos. El otoño es la estación propicia en la que maduran los frutos del amor; éste, a modo de bucle, se repliega en sí mismo y dispara su recuerdo, acuna su emoción y proyecta sus anhelos. En otoño el amor se redime a sí mismo y quiere abarcar tanto sus momentos de luz como de sombra. Por eso son complejos los sentimientos con los que el poeta se debate; junto al calor que produce la confidencia, añadirá el punto del misterio, el toque de lo extraño o la sorpresa, la inquietud: *"Esta ciudad me mira/con ojos de sorpresa y niebla,/asusta la quietud,/el olor a calle violada."* (pág. 18). También tomará forma la pesadilla: "*¿Cuándo acabará esta cuerda?"*, se pregunta al inicio del poema de la pág 39, para, luego de una serie de interrogantes sin respuesta, acabar: *"Pero es muy de madrugada/y todo es distancia y miedo/y esta cuerda."* La llamarada de la pasión ha dejado paso a la majestuosidad de la hoguera, pero ésta preludia el ascua y la ceniza, un territorio de ciega desesperanza.

El carácter narrativo de los poemas se ajusta a ese soliloquio que el autor quiere compartir con un tú en la niebla, con una amada demasiado cercana a la vez que distante (quizá imposible), con un lector ahí, quién sabe si con el aire o con el propio aliento, con esa su misma palabra que se enrosca en una serie de preguntas acuciantes y traspasadas: *"¿Tú sabes cómo huele el silencio/cuando el tiempo está deshabitado,/y el espacio se puebla de soledades?"* (pág. 34). ¿A quién se dirige el poeta? En cualquier caso, es una pregunta que arrasa, inquietante, que da la medida de las páginas con las que el lector se enfrenta. Y, como respuesta a la misma, aparece una indagación sobre el propio yo, al que el poeta circunloquia con versos y perífrasis que claman por un sentido: *"Yo no sé del transcurso del tiempo/si los días que nos aguardan/serán de rejas o de abrazos…"* (pág. 23). El sentido de la vida es tiempo que se diluye en la propia existencia de quien lo habita: *"No hay tiempo, somos el tiempo."* (pág. 24).

Al leer *"Last autumn's dream"* la primera imagen que me ha venido a la cabeza ha sido la de un río que fluye manso o tormentoso según los accidentes del terreno; después ha sido la de un sendero que se interna por los montes a la búsqueda de paisajes ignotos, al igual que las calles se quiebran o serpentean por una ciudad gris y de niebla. El autor postula su experiencia, y ésta es expansiva. Los días se ven alejarse entre las lindes de un río desbastado de recuerdos, ésos que concitan preguntas sin respuesta, enigmas, acertijos. Las calles de una ciudad sin nombre por las que el autor transita no tienen fin, y pueden arribar sencillamente en el burdel o la tristeza. El lector pronto se ve envuelto en este deambular insomne, y la metáfora del viaje de repente la hace suya y vibra con el autor cuando el pensamiento vuelve insistente la pregunta por el sentido. Pero es el

otoño, tan próximo a su andar, que se hunde y lo hunde inexorablemente en el frío: *"Presiento que los pies/se han calzado de nostalgia,/se disponen a doblar la esquina/y a morir de cuesta."* (pág. 51).

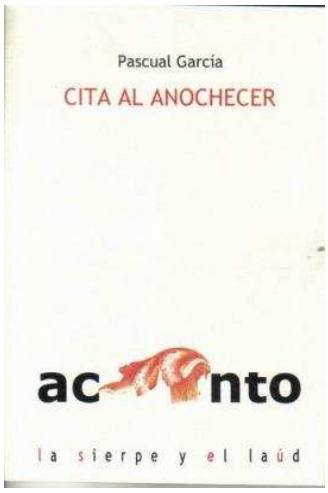
Tiempo y memoria; río y existencia. Los recuerdos se desvían hacia "*el pretérito perfecto"* de las posibilidades del niño; el adulto las medita y nos invita al viaje. Flotan en el poemario, junto con las preguntas angustiosas, los recuerdos amenos del poeta, y suponen un remanso de amor en ese fluir trágico de los días que se dirigen a su propia disolución. Esos recuerdos flotan, regresan un momento a la orilla en la que resplandecen brevemente, efímeros, de frágil sustancia, y retornan de nuevo al agua para diluirse, confundidos en el río intemporal de la vida. Las cosas, los hechos, los fenómenos, toman así consistencia; con su voz, en su verso, les da existir el poeta. Y surgen la esposa (*"Cuando me llames confirma el horario de tus labios"* (pág. 40)) y los amigos (*"...pero sabed/que para este viaje/hay que afianzar los verbos,/y llenarlos de pronombres…"* (pág 27-28)), transitan en la memoria, pero concluido el tránsito vuelven al fluir del río. Lo próximo se hace diferente; en la cotidianeidad aparece el hálito de la extrañeza y el misterio, detrás de una puerta, de una esquina. Lo sencillo se encierra en sus enigmas, se oculta a la mirada que le dio la vida, imperceptible sombra dispensada por la palabra del poeta.

Caminamos de la mano de Manuel Dato, esa sensación tenemos, hacia una serenidad última, hacia una sabiduría propiciada en la que desemboca el otoño, el frío, como contradicción de la esperanza abolida, pues la palabra, al designar las cosas y los sentimientos, al tener el poder de convocar los recuerdos, trae consuelo. La amistad salva; el amor que se comparte salva; quien ha amado, ha vivido. Esta parece ser la conclusión que al final se desprende de "*Last autumn's dream*". Se aleja un caminante que vino de la niebla y va hacia la niebla, pero en su paso se libera del peso de la existencia cuando la signa con sus versos, en la palabra.

Afortunadamente no pertenece Manuel Dato a cierta caterva de poetas fingidores de gesto hinchado y esteticista, huecos. Son suyas las palabras siguientes:

"Soy fiel a mi poesía cuando, tanto en la ficción como en la realidad, me doy entero y directo, con todo mi yo viviendo y sintiendo cada verso, disfrutando y sufriendo el tema y sus circunstancias, sublimando el yo protagonista y su dramática. Ése es mi gozo, el único patrimonio que tenemos los que no vivimos del verso sino en el verso y con el verso de nuestro propio existir". Sea.

Jesús Cánovas



CITA AL ANOCHECER

Pascual García
Colección Acanto, nº 2
Edita LA SIERPE Y EL LAÚD

Personalmente, los libros que me hacen reflexionar son los que a mí me gustan. Y esto sucede con *Cita al anochecer* de Pascual García, un poemario traspasado por la muerte, y la reflexión que suscita, de principio a fin. Lo introducen unos versos de Antonio Gamoneda en los que, a modo de leitmotiv, con dos preguntas se expresa el desaliento que el hombre siente ante el frío tajo de la parca. Un primer poema, protocolario y sin título, compendia la trama que a continuación se desarrollará: "*Al anochecer nos citamos/vestidos como para ir de fiesta…*" Se trata de una cita en soledad, caídas las sombras, arrebatada por el miedo, que llegará seguro como verdad irreductible y única. Mas no es el tiempo del amor aún, señala el poeta, aunque cierto es e ineludible ese fatal encuentro con la muerte agazapada, y lo sabe como extraña celebración erótica, sensualidad consumada, último acto que depara y consume el amor: "*Y sé que buscará/en lo oscuro mi boca/y besará mis labios…*"

Una experiencia personal, una singular cita del poeta en los páramos sombríos, parece ser el detonante del poemario, aquello que lo informa y constituye el núcleo bajo el cual se construye. Aflora esta experiencia en determinados poemas, sobre todo en los del final, en los cuales se hace nítida: una *Quinta Planta* de hospital y compañeros de viaje; unos, que transitan en sentido inverso al del poeta y se hunden cada vez más en la sombras que preludian las riberas de la Estigia; otros, que emergen de la penumbra hacia "l*os días de sol y cielos azules*". En medio de una batalla librada en la semiinconsciencia, la dulzura de la esposa que vela junto a la cama del enfermo y la pericia de "*hombres de fuego que no arderán nunca*", a modo de ángeles salvíficos, son los aliados con los que el poeta cuenta en tan difícil trance. Hay, sin embargo, fantasmas que deambulan y voces de las que ya no se librará, aun vencedor de la batalla; vendrá después el regreso al alba, el nuevo tacto con las cosas cotidianas, un reencuentro confuso con la casa, los libros, el jazminero, el butacón de las lecturas, y, finalmente, la esposa-madre, amiga, se transluminará en "*mujer sagrada*". Ahora bien, tras la atroz experiencia y el conocimiento que procura ("*la dicha es esto que sucede/ mientras tanto*"), ya no hay lugar para el temor sino coraje ante la vieja anfitriona que siempre lo esperará para hospedarlo ("*No podría temerte aunque quisiera.*"). El valor junto a una imperturbabilidad añadida son dones otorgados para los que han visto el rostro de la parca.

Difícil es para el lector avezado saber si los poemas que aluden a la fatal cita en el anochecer son los primeros en el orden de la composición, pero sí, salvando tal duda, suponen un "*telos*" al que apunta el poemario en su conjunto y lo hacen gravitar en torno a él. Parece como si el impulso poético se retrotrayera hacia atrás para catapultarse luego hacia un origen; por eso, en los poemas inciales, asistimos a una suerte de reflexiones y confidencias con las que el poeta, ahora con ojos sorprendidos de niño, incide en la estupefacción y el misterio que le produce el descubrimiento de la realidad de la muerte. El niño la siente, o mejor, la presiente, de forma vaga y mítica. La umbría de un bosque misterioso y pálidos paisajes de niebla rodean un pueblo no muy grande. Añosos

robles y pinos, lentiscos, romeros y toda suerte de vegetación y matorral enmarañado ciegan los caminos que conducen a ese pueblo en donde el niño vive ajeno a la densidad del misterio que lo circunda. Se insiste en el frío, sea otoño o invierno, en los días cortos de noviembre o diciembre, y el tiempo es un tiempo pasado, ya ido. La metáfora es perfecta; el pueblo de turbada luz de atardecer es asediado por las sombras y el enigma. La muerte se constituye así en *El misterio nuevo*, y son unos pies enormes, gélidos, "*cincelados por las rocas*"; unos pies rotundos, poderosos, vastos, que han dejado definitivamente de caminar, los que descubren al niño el muerto, y, por el muerto, la patencia de la muerte. A partir de este momento el niño asistirá impotente al adiós postrero de sus héroes de la infancia, de aquellos hombres broncos como el acero, colosos del monte, "*gigantes del hacha/montados en las mulas de la tarde*", o de los ídolos que derrumban su pequeña vanidad ante la nada, y, por supuesto, de sus seres queridos ("*Murió mi abuelo y morirá mi padre*"). La muerte vaga, presentida en un inicio como *"un vasto territorio de leyendas"*, gana espacios de forma imperceptible, adquiere nitidez y terminará por impactar con rotundidad la sensibilidad del niño.

De las múltiples sugerencias para la reflexión que el poemario propone, me interesa, sobretodo, señalar dos, y la manera que tiene el poeta de abordarlas. La primera plantearía el dilema de si la muerte es una cesación o un tránsito; la segunda, íntimamente ligada a la anterior y consecuencia de la misma, haría referencia a la cosmovisión del poeta.

¿Hay vida más allá de la vida? Para Pascual García, por lo menos, tal como lo deja traslucir en este poemario, no. Su peculiar experiencia en la frontera no le ofrece un argumento decisivo con el que pueda aceptar una pervivencia del ser. Con tintes oníricos y surrealistas, relata en *Aniversario* su anhilación en las tinieblas y su posterior regreso del sueño y del vacío. En el siguiente poema en el orden del libro, *Resurrección*, las imágenes dan paso al concepto, y expone un orden de creencias telúricas, para concluir: "*Si regresamos, ya será de noche/y será tarde y no recordaremos/siquiera quienes fuimos."* Los que hemos pasado por un quirófano sabemos del dulce vino de olvido que nos invade y nos hunde en un sueño sin sueños en donde nada sentimos y no hay lugar para la memoria. Valga, pues, la analogía. La muerte, para Pascual García, es el sueño del cual no se regresa. El hombre es un ser elegido, desde su mismo nacimiento, para la fatal cita al anochecer a raíz de la cual perderá su memoria y no habrá retorno ("*Creo en la tierra donde dormirá/la vida para siempre*."); nada puede hacer para impedirlo, y llegará, de seguro.

¿Qué impacto produce la muerte en la totalidad del cosmos? Ninguno; la vida está entretejida de muerte. Un hombre muere y no pasa nada; el dolor es algo meramente subjetivo. La cesación de un ser no supone ningún cambio o mudanza en el gran engranaje del universo; se seguirán sucediendo los días y el viento hará titilar las hojas de los álamos o los olmos. El poeta siente estupor ante este hecho, y magistralmente lo retrata en algunos poemas del libro, como *Sólo será ella*, en el inicio, o *La última hoja*, al final, cerrando de esta manera una circularidad. Pero me interesa el que lleva por título *Noticia*. El padre de una amiga acaba de morir y ésta se lo comunica al poeta; éste queda estupefacto al percatarse del contraste que ofrece la impasibilidad del cosmos frente al dolor humano, y se confiesa: *"pensé/que el mundo seguía su curso inalterable/y que la muerte no cambia apenas/nada."* Esta percepción estremecida quizá le lleva a Pascual García al desarrollo, y diría que hasta a la tematización, ya patente en otras de sus entregas poéticas, de una especie de misticismo telúrico, de sagrado panteísmo, con el que se expresa un amor exacerbado a la tierra, aquello que perdura cuando se pierde la memoria.

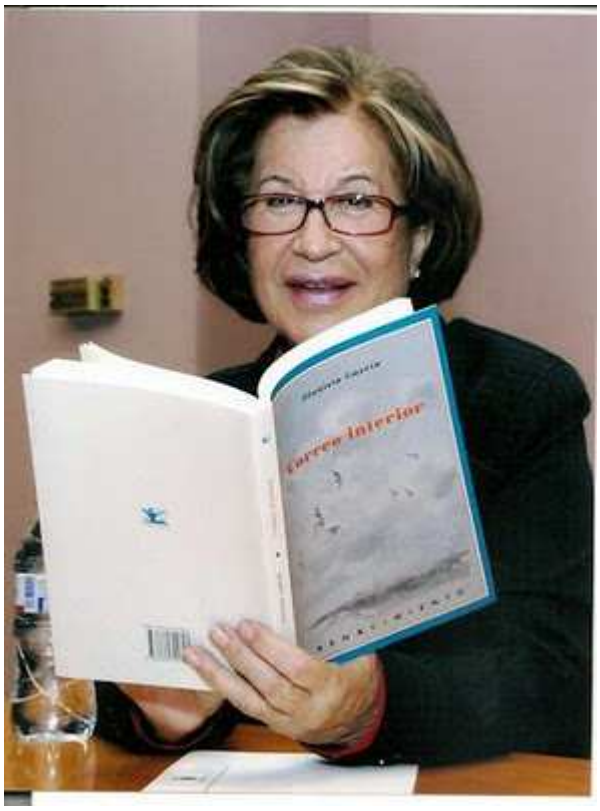
Los poemas de "*Cita al anochecer"* están construidos con estilo directo, en el que la palabra es serena, clara, diáfana, y la emoción se esconde detrás de una expresión que pretende demasiado imperturbable. Unas ilustraciones de Francisca Fe Montoya lo enmarcan a modo de círculo, de sellada esfera.

Jesús Cánovas

RELATO

CORREO INTERIOR, DE DIONISIA GARCÍA

Editorial Renacimiento, 2009, 174 páginas.



Este libro de Dionisia García guardaba dos sorpresas para mí: la primera, la cita que encabeza el libro, de la escritora italiana Natalia Ginzburg. Para quienes llevamos ya años prendados –y prendidos– de las palabras de Natalia Ginzburg, nuestra relación con la escritura ha quedado por fuerza modulada por la de ella: una relación vital, sin pretensiones, rotunda e indefinible más allá de sí misma.

La segunda sorpresa de este libro es la creación/recreación de ese espacio mítico y mágico de la infancia al que la autora otorga el nombre de ficción de Alendero. El Alendero de Alejandra, la niña protagonista a través de cuyos asombrados ojos todo va adquiriendo forma y color en el relato, guarda muchas semejanzas con el pueblo de mi infancia, un pueblito del noroeste de Zamora donde pasaba los veranos, y con todos los pueblos de los niños que han tenido la suerte de conocer una infancia rural: el Valdargar de Benito Estrella, el Bavington de Kathleen Raine, los pueblos

castellanos de las novelas de Gustavo Martín Garzo.

No se trata, ni Dionisia lo pretende en ningún momento, de idealizar escenarios que tenían más de miseria e ignorancia que de cualquier otra cosa. Ahora bien, ya sea porque, irremediablemente, el paso de los años nos inste a aferrarnos a nuestros orígenes con una mirada condescendiente; ya sea porque aquellas vidas ínfimas y aquellos escenarios desolados se nos antojan más reales que cualquier otro lugar que hayamos pisado después, cercanos a nuestro *genius loci* individual y protectores de nuestro maltrecho sentido de pertenencia, nuestro vagar por el exilio de la vida en busca del camino de vuelta a casa, *Correo interior* es un libro que traspasa las fronteras de su propio *topos* particular y queda inscrito en el *tempo* mitológico, sin espacio claramente adscrito, de la iniciación de toda vida humana. Huérfana de madre desde muy niña, Alejandra/Dionisia no es, sin embargo –como por desgracia sí lo son muchos niños de ahora, encerrados en lugares que no son pueblos ni ciudades, y traídos y llevados por las prisas de los adultos–, huérfana de ese espacio a un tiempo cotidiano y trascendente.

Por los hogares y las calles de Alendero desfilan personajes que son en sí mismos dignos de una novela exclusiva, que parecen querer salirse del relato y que dan a la narración una inagotable continuidad discontinua, donde hasta lo sobrenatural encuentra un acomodo sereno, sin ninguna estridencia. Junto a ellos, y en constante relación, están los animales del campo y de las faenas agrícolas, los enseres de trabajo y los oficios, las casas amplias, oscuras y misteriosas con su mobiliario antiguo, los primeros libros, el cine, el circo, los motivos religiosos, las palabras que no aparecen en ningún diccionario, el paisaje manchego –su desnudez–, los atardeceres de interminable encuentro entre el cielo y la tierra, los alimentos humildes pero contundentes, el frío y el calor –las estaciones–, la guerra y la posguerra, y también la muerte. La muerte presente en el día a día no de un modo trágico, sino perfectamente asimilada y aceptada por quienes con ella conviven.

Mención especial merece, por el intenso vínculo afectivo con la pequeña Alejandra, abuela Teresa, un personaje que, al igual que el propio Alendero, trasciende lo concreto de sus rasgos –mujer de pueblo, analfabeta, dotada de una inteligencia y un sentido común capaces de afrontar cualquier adversidad–, para convertirse en un trasunto de esa Madre Coraje, esa figura poderosa que desde siempre ha dominado las relaciones, más matriarcales que patriarcales, del ámbito doméstico. También esto está cambiando hoy, y seguramente para bien. Pero para una niña no hay experiencia comparable a la de ver en su abuela la fuerza, la inquebrantabilidad de una montaña:

Alejandra miró a su abuela, sus ojos se detuvieron en el pelo blanco y tirante, en el perfil de su rostro, en las manos morenas, entre el ir y venir de las agujas. Le gustaba mirarla, y que durara siempre.(pág. 61)

"Qué somos sino memoria". Así comienza Dionisia García su *Poética* en la antología de poetas de los 50, *En voz alta,* recopilada por Sharon Keefe Ugalde y publicada por Hiperión en 2007. No en vano, el poemario que la confirmó como una voz poética de peso en nuestro país lleva por título *Mnemosine.* Dionisia García realiza, en *Correo Interior,* un necesario ejercicio de memoria. Y aunque la segunda parte del libro cuenta cómo Alejandra sale de su pueblo para poder estudiar, cómo su vida se va distanciando físicamente de Alendero, reconoce que éste seguía siendo su *centro vital.* Y no me cabe duda de que, ahora que tenemos la oportunidad de preguntárselo a su autora, Dionisia nos confirmará que ese sigue siendo su centro, y que ella sigue siendo –aparte de otras muchas posteriores– aquella niña observadora y silenciosa, dada a la introspección, y que abuela Teresa sigue planeando sobre su vida como un cometa luminoso cuyos destellos se advierten sobre todo en las noches en que más conscientes somos de la pérdida. Gracias, Dionisia, por este libro hermoso, y por ser centinela de los confines de la memoria y de los espacios arquetípicos que ésta nos brinda.

Natalia Carbajosa

¿Dónde está la **Guillermina** de Rubén Castillo?

Talento e imaginación se combinan en **Guillermina**, relato que le valió a su autor el Premio Internacional de relato corto "Encarna León" de la ciudad autónoma de Melilla. **Rubén Castillo Gallego** es el escritor en quien la musa "Creación" depositó su confianza en esta ocasión (como en otras muchas). Profesor de Lengua castellana y Literatura en el I.E.S "Vega del Thader" de Molina de Segura, crítico literario, colaborador en prensa y escritor.

Cuenta el argumento la historia, casi biográfica, de una mujer a quien el destino somete a un deambular itinerante en soledad, castigándola y premiándola, con simultaneidad, a urdir un tejido de relaciones humanas finamente hilado mediante una habilidad narrativa empleada a tal efecto. En algo más de una decena de páginas, glosa el escritor toda una vida, la de quien con más de setenta años y merced a la conocida técnica del flasback retrotrae hasta el lector etapas pasadas de la protagonista, avanzando progresivamente hasta la actualidad en que Guillermina, ya anciana, ha ido recordando sus días vividos, poniendo especial acento en aquellos momentos vividos como sirvienta de un poeta republicano, exiliado y, al final de su andadura vital, desconocido y olvidado por sus mismos paisanos españoles.

Pero no solo lo narrado es un acierto, lo son también esos "apartes" emparentados en los que se deja oír la voz en off del autor, matizada por una sutil ironía de carácter explicativo sin acallar la auténtica voz de la protagonista y, a la vez, narradora. Una primera persona singular de la que penden todos los hilos de este cuento construido a la vieja usanza, de esos que están elaborados con sentimientos que dejan huella en lo más profundo de la fibra más humana.

Quienes seguimos de cerca las andadas escriturales de Rubén, sabemos bien de su afición por construir expresiones de corte aforístico con entretelas de hondos pensamientos y su fijación por el empleo de algunos elementos recurrentes en sus obras. Tal es el caso de un mueble altamente connotativo en algunas de sus creaciones, la mecedora, un objeto de sustancial ascendencia en la narrativa rubeniana. Ya apareció explícitamente en el título de la novela **La mujer de la mecedora**, premio Ateneo de Valladolid en 1991, y ahora vuelve de nuevo en esta Guillermina como inseparable instrumento de la propia personalidad de la protagonista, estática y sin embargo, en movimiento. Tres veces, tres, es nombrada la mecedora, del mismo modo tripartito (tres situaciones vivenciales sentidas por Guillermina) en que estructura el escritor un relato tan coherentemente soldado. En ella permanece sentada Guillermina a raíz del óbito de su marido, actitud de rebeldía pasiva ante la crueldad y la barbarie de las que ha sido víctima. Así pues, no es errado decir que la sucesión de los mencionados procedimientos de este opúsculo novelesco están dispuestos al servicio de un relato psicologista en el que también hay lugar para alguna estampa costumbrista de sabor añejo y cierto regusto de cuentística hispanoamericana.
El colofón se alcanza justo cuando al lector le es desvelado el punto de partida de raíces poéticas de este relato, el poema confesional del chileno Pablo Neruda "¿Dónde estará la Guillermina?" incluido en la antología de 1958 **Estravagario.**

Rubén Castillo siempre ha demostrado ser un nato contador de historias con acierto imaginativo mediante una prosa rítmica que invita a una lectura amena de temática tan tradicional como moderna.

Mª Ángeles Moragues Chazarra